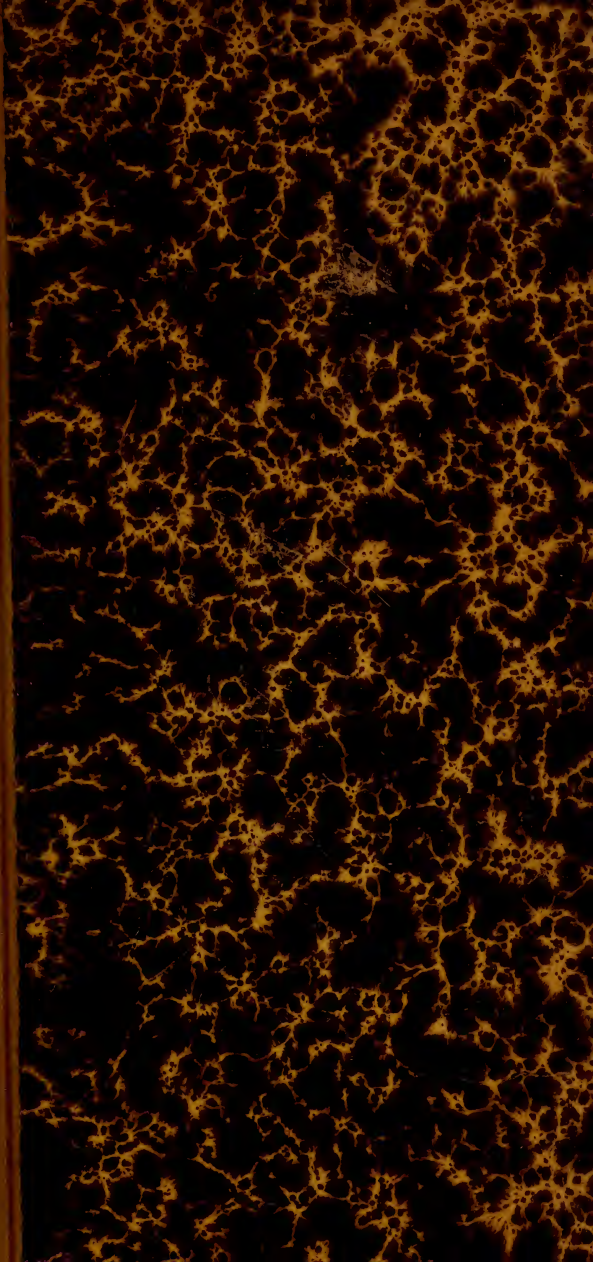
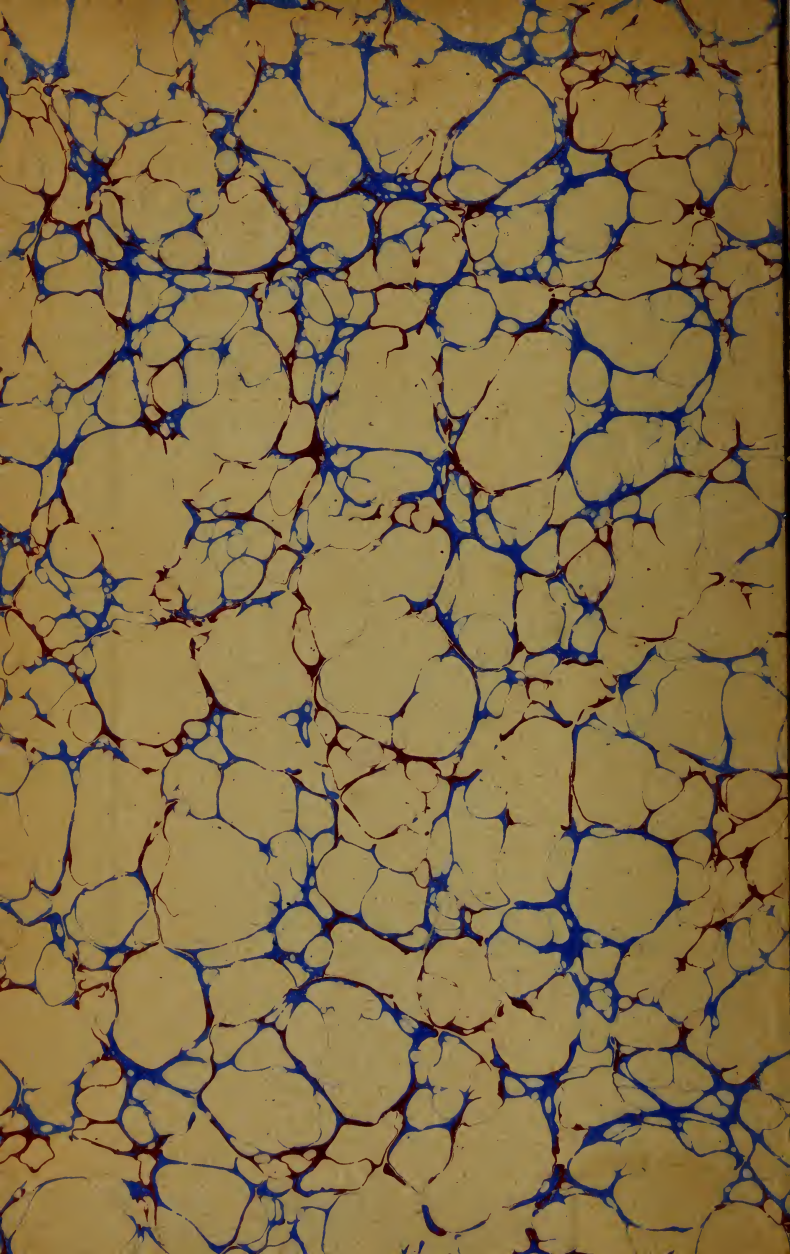
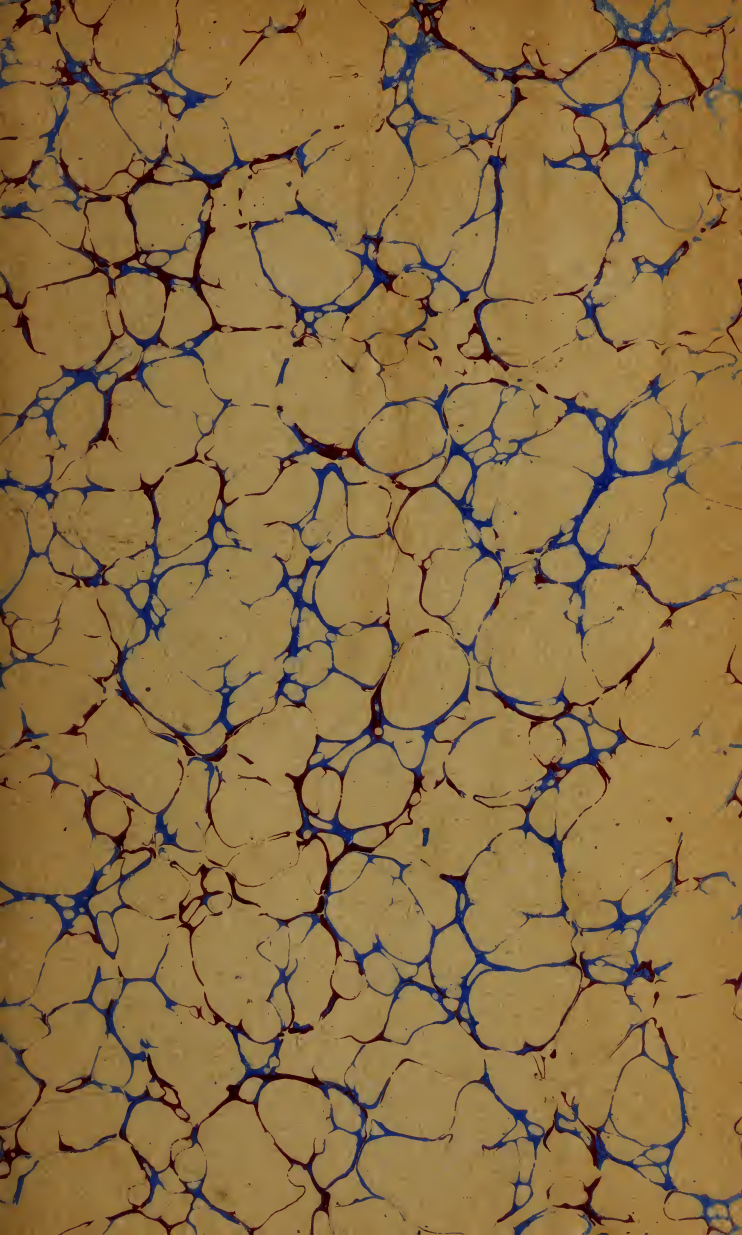




3 1761 09372978 8







EL CASTELLANO EN AMERICA

SU EVOLUCIÓN

S
S469c

JUAN B. SELVA

El Castellano en América

SU EVOLUCIÓN

«A ninguna ciencia, ni aun á la historia natural, se adapta la teoría de la evolución con tanta precisión como á la historia de las lenguas.»

E. FERRIÈRE (*El Darwinismo*).



98897
12/10/54

LA PLATA

Talleres Gráficos, SESE Y LARRAÑAGA

BUENOS AIRES, B. MITRE 1180-54

1906

AL DOCTOR

VICTORIANO E. MONTES,

el maestro ilustrado que con sus lecciones me enseñó á estimar las bellezas de nuestra incomparable lengua, dedica este modesto estudio su obsecuente ex-discípulo.

EL AUTOR.

PRÓLOGO

En estos últimos años se ha llegado á poner en tabla de discusión, á propósito del *idioma nacional* ó *patrio* y de su suerte futura, si éste es y será el mismo *castellano* que *pule* y pretende *fixar* y *hacer esplendoroso* la Real Academia.

No ha faltado quien se aventurara á adjudicarnos un novísimo dialecto (*) ó por lo menos una lengua propia en plena gestación que no es ya la castellana; pero, los aplausos que «El Idioma de los Argentinos» del doctor Abeille pudo arrancar á alguno de los eminentes filólogos que se reunieron en París con motivo de la Exposición Universal de 1900, se amortiguaron como por encanto al llegar á nuestras playas con la contundente crítica de «El Problema del Idioma Nacional» del doctor Quesada, donde se campa con pluma de alto temple en pro de la integridad del hab'a castiza.

(*) Dado el caso de no ser nuestra lengua la misma castellana, forzoso sería considerarla como dialecto; porque es ley general que en la evolución de las lenguas el dialecto ó romance preceda cronológicamente al idioma, que es y debe ser siempre la forma culta y literaria.

Sabido es que el doctor Juan M^a. Gutiérrez rechazó el diploma de Académico correspondiente aduciendo entre otras razones que «no podemos aspirar á fijar la pureza y elegancia del castellano», y sabido es también que la intransigencia de los Académicos causó profundo despecho al festivo autor de las «Tradiciones Peruanas», quien devolvió su diploma de Académico y llegó á declarar que «el Diccionario es un cordón sanitario entre Europa y América». Cuervo, el insigne filólogo y gramático Cuervo, es de los que esperan el advenimiento de idiomas flamantes para estas naciones de América. En defensa de tesis muy semejante hemos visto actuar, entre nosotros, al poeta Obligado (tenida literaria celebrada en el Ateneo, en oposición con el doctor Oyuela), al doctor Pellegrini, al doctor Linares y á otros. En cambio, á la par de Quesada, han tenido ocasión de abogar por la integridad del castellano, Canè, Oyuela, García Velloso (padre é hijo) y otros distinguidos cultores de nuestras letras.

Y sucede que se ha recurrido á la teoría evolucionista (aunque muy superficialmente y á la ligera) para augurar que el castellano tiende á disgregarse, cuando es precisamente lo contrario: aplicada con la seriedad debida esta teoría, se verá que las causas de selección que obran sobre nuestra habla, imprimiéndole los cambios que son consiguientes, ú obran sobre España igual acción ó se encargan ellas mismas de mantener la unidad haciendo refluir las variaciones de uno á otro pueblo ó estado.

Aun cuando contamos con eminentes literatos, la

verdad es que reina entre nosotros profunda indiferencia por cuanto atañe al idioma mismo. La gramática, ciencia y arte de la lengua, generalmente mal enseñada y pésimamente aprendida, es mirada con desprecio, como algo casi inútil, y muy pocos se preocupan de filología y lingüística; tan es así, que sólo por excepción se podrán citar algunos argentinos que descuellen en estos estudios. Y debiéramos romper cuantos antes el hielo de tanta apatía é indiferencia, precisamente por tratarse de un pueblo tan cosmopolita, circunstancia ésta que hace más imperiosa la necesidad de que nuestra lengua se destaque siempre esplendorosa.

Ocupado desde hace años en la tarea, para mi ver muy noble, de enseñar el idioma á alumnos-maestros, futuros heraldos llamados á irradiar luz de saber, me ha preocupado siempre el anhelo de familiarizar á mis discípulos con las formas más correctas y más cultas del habla; y no pocas veces me he visto obligado á tocar en la cátedra la debatida cuestión del idioma y de su suerte futura. Y animado por el deseo de deslindar este vasto y complejo problema, he ampliado la esfera de mi cátedra tratando algunos puntos de la cuestión en las conferencias públicas que se han venido celebrando periódicamente en esta Escuela Normal.

Compilando lo tratado en estas conferencias y los estudios sobre el mismo tema publicados en la *Revista de la Universidad* y en *Diario Nuevo* he venido á formar este volumen, modesto ensayo que hoy lanzo á la publicidad por deferencia á pedidos que mucho me honran.

Cúmpleme declarar que no abrigo la pretensión de haber profundizado en la medida suficiente el amplio problema, aun cuando me anima la convicción de que lo encaro en su faz más verdadera, la que mejor encuadra dentro de las tendencias científicas más modernas.

Y si en mi estudio llegara en algunas ocasiones á apartarme de la observación positiva que me impone el método adoptado, no será para dar vuelos á la fantasía, ni para arrullar al lector con apariencias engañosas ó concepciones meramente subjetivas, que, dichas con la mucha sonoridad y donaire á que tanto se presta nuestra hermosa lengua, pueden atraer con todo el esplendor de los fuegos de artificio á pesar del escaso valor real que en su fondo pudieran tener. Estoy muy lejos de poseer el genio literario que embellece cuanto toca; y mis ideas, mis razonamientos, van desnudos, libres de todo ropaje que pudiera disfrazarlos.

Dolores, (Bs. As.), Octubre de 1905.

I

La lucha por la vida, admirable proceso de la naturaleza que da lugar á la selección, no se reduce exclusivamente al mundo de los animales y plantas. Sus principios, basados en la observación de hechos reales y constantes, tienen mayor trascendencia y una aplicación más amplia. ¡Caso raro! han llegado á superar las más vastas videncias de su mismo autor.

Haeckel, célebre discípulo de Darwin, al fundar en ellos su *teoría universal de la evolución* (Historia de la Creación Natural) descubre un método científico de investigación aplicable á todos los ramos del saber humano.

El eminente filósofo Spencer aplicó la misma teoría, con ese éxito feliz que tanto subyuga y se aplaude, á los dominios de la moral, de la política y de la sociología en general.

En la República Argentina, entre otros trabajos que han seguido la senda abierta por Darwin, podemos señalar como el primero la «Filogenia» de Ameghino,

luminoso estudio de la evolución biológica que mereció ser traducido á los principales idiomas europeos.

A la luz del «darwinismo» ha estudiado el sabio Lyell la Geología, llegando á confirmar que hasta los elementos que dan vida á la Tierra han luchado por superarse. Más recientemente, S. Meunier nos ofrece una demostración análoga en «La Physiologie de la Terre». (1) Y hace pocos meses, Jorge Darwin, el hijo del creador de la teoría, acaba de comprobar esto mismo en sus brillantes conferencias dadas en Capetown y en Johannesburg.

La transformación del «radio» en «helio», descubierta por el gran químico inglés Ramsay, mediante el análisis espectral de las «emanaciones» del primero de estos cuerpos simples, ha venido á comprobar con irrefutable evidencia científica que hasta el átomo, lo más infinitamente pequeño, está sometido á la ley universal de la evolución.

«Pero, como dice E. Ferrière (2), á ninguna ciencia, ni aun á la historia natural, se adapta la teoría de la evolución con tanta precisión como á la historia de las lenguas. Su aplicación tiene una exactitud tan asombrosa que se diría, en verdad, que la teoría de la evolución ha nacido de la filología».

Y no es de extrañarse tal semejanza si se considera que las palabras se comportan como verdaderos seres vivientes: nacen, crecen, se reproducen, mueren. El

(1) Véase «Revue des Deux Mondes», del 1º de Julio de 1904.

(2) «El Darwinismo», obra que ha merecido los aplausos del mismo creador de la teoría.

germen es la *raíz*; *crecen* por la agregación de prefijos y sufijos, por las variaciones de desinencias y accidentes, por el aumento y cambio de sus significados, etc.; *viven* mientras están en uso; se *reproducen* desde que originan voces derivadas y compuestas; y *mueren* cuando caen en completo desuso. Los *neologismos* son los vocablos en plena gestación que esperan ser incorporados al léxico de la lengua. Los *barbarismos* son voces espúrias que pugnan por ser también admitidas. Los *arcaísmos*, en cambio, son los agonizantes, los vencidos, recorren su postrer etapa en la vida del idioma.

«En la máquina de la vida todo se mueve: pueblos, instituciones, pensamientos, creencias, costumbres, tierra, atmósfera, polos, astros, volcanes, abismos, la palabra también (3).

En las letras tendremos los *organismos* de las palabras (4), y á éstas se las puede considerar como los *individuos*; la *sociedad* es el idioma. Las *familias* resultan constituidas por los grupos de palabras derivadas de una misma *raíz*. Siguiendo este curioso parangón tendremos que el lenguaje articulado viene á corresponder á la *humanidad* y que el lenguaje, considerado en su acepción más amplia, se extiende á todos los seres vivientes (no falta quien pretenda haber llegado á descubrir manifestaciones de simpatía y repulsión

(3) Roque Barcia, Prólogo del Diccionario Etimológico de la Lengua Española.

(4) Existen letras que se *atrofian* (la *h* muda, la *s* de *trans.*), letras *rudimentarias*, etc.

aún entre las plantas, verdadera comunicación, lo que será ya mucho conjeturar) pues es indudable, como lo demuestra Darwin, que se comunican de alguna manera, al menos desde que tienen sentidos y con tanta más perfección cuanto más acabado sea su organismo, viniendo á alcanzar el grado de mayor perfectibilidad en el hombre más civilizado.

Así, considerando la evolución de las lenguas según su *morfología*, vemos como se adaptan éstas generalmente al grado de adelanto, ó civilización de cada pueblo: las lenguas *monosilábicas* (chino, anamita, birmanés, etc.) son propias de pueblos rutinarios, que han permanecido estacionados; las *aglutinantes*, donde se cuentan todas las lenguas de los aborígenes de América clasificadas en veinte y seis grupos por el doctor Müller, señalan la etapa intermedia; mientras que las *de flexión* que suponen el grado de mayor perfeccionamiento, resultan usadas por los pueblos de una civilización más avanzada.

El parentesco descubierto entre las lenguas indoeuropeas, en 1786, por el célebre orientalista inglés Jones con la ilustrada colaboración de Colebrooke, al abrir la primera huella que permitió entrar con paso seguro al arcano histórico que ocultaba el desenvolvimiento evolutivo del lenguaje, paralelo al de la humanidad, ha puesto en evidencia que las lenguas se comportan como las especies.

Los estudios de Grimm, quien descubre la ley de desviaciones; los análisis del filólogo alemán Bopp sobre las lenguas indo europeas, que corroboran los descu-

brimientos de Jones; y la misma clasificación morfológica, ideada ya en 1818 por el erudito crítico y poeta Guillermo Schlegel, al dar á la filología y á la lingüística bases más positivas, vienen á resultar otras tantas comprobaciones del *trasformismo*. Hasta se produce el caso curioso de que vengán á coincidir en los principios de su teoría el ilustre filólogo Schleicher en su obra (*Diedentsch sprache*) escrita en 1859, con el gran Darwin, quien precisamente ese mismo año daba á la publicidad su «Orígen de las especies»; de aquí que Schleicher, una vez conocida la obra del naturalista inglés que le aportaba tan maravillosa comprobación, pudo dar su trabajo magistral «La teoría de Darwin y la ciencia del lenguaje», donde realmente resplandece la teoría de la evolución aplicada al conocimiento de las lenguas.

Ya antes la había explicado y con bastante acierto, aún cuando no fuera con toda la erudición de Schleicher, el célebre geólogo Lyell.

Max Müller con sus teorías metafísicas sobre la formación del lenguaje no ha podido discrepar con la teoría evolucionista sin verse arrastrado á lamentables incoherencias y faltas de tino científico; del mismo modo el ilustrado norteamericano Witney en «La Vida del Lenguaje», á pesar de sus apreciaciones subjetivas, tampoco ha llegado á apartarse en absoluto del *trasformismo*, aún cuando haya pretendido negarlo y disentir con respecto al origen del lenguaje.

Los profundos estudios del historiador y arqueólogo Carlos de Broses, de Breal, de Hovelac, de Ascoli, de

Zoroboski, de Diez, de Darmesteter y más recientemente del ilustre lingüista Trombetti, así como de otros muchos sabios, vienen á constituir verdaderas comprobaciones de la exacta aplicación que tiene la teoría «darwiniana» al desenvolvimiento de las lenguas.

En las especies, la evolución *filogénica* ó *filogenética* viene á encontrarse reproducida en todas sus fases por la *ontogénica*. Otro tanto ocurre en la evolución del lenguaje: su desenvolvimiento atravesando las edades lo encontramos hoy comprobado con sólo observar como evoluciona en un niño. Para ello habrá que descartar, como es natural, las influencias del medio en que éste actuaría, bien distintas por cierto á las que han debido rodear al primer hombre, y tener muy en cuenta, por otra parte, la acción de la herencia.

El hecho de que el niño llame *me* á la oveja, *guau* al perro, *miau* ó *ñau* al gato, etc., aún cuando esté oyendo á cada paso las verdaderas denominaciones ¿No es una prueba evidente del origen onomatopéyico de las palabras, y, á la vez, de que la forma monosilábica marca la primera etapa de la evolución de los idiomas si se les considera en su faz morfológica? Ya se tendrá ocasión de ver aparecer la forma aglutinante y más tarde la de flexión, pues será muy raro encontrar el uso de preposiciones, conjunciones y distinción de accidentes gramaticales, y las construcciones sintácticas consiguientes, en quien da los pininos de la lengua.

Aun antes de articular palabra tiene el llanto, gritos (á veces verdaderas interjecciones), movimientos de los ojos, contracciones del rostro, risas, etc., que importan

manifestaciones externas de sus incipientes emociones y sentimientos; *lenguaje expresivo* que bien sabe traducir la madre gracias al aguzamiento que á su poder de interpretación concede la tierna y amorosa solicitud. Esta etapa de la evolución *ontogénica* del lenguaje viene á corresponder á aquella de la evolución *filogénica* que ha debido preceder á la formación del *lenguaje articulado*.

Y la razón de ser de este admirable paralelismo entre la evolución de la especie y la del lenguaje, puede explicarse por la relación existente entre la idea y la palabra que la expresa; en un concepto más general, entre la inteligencia y el lenguaje. El perfeccionamiento orgánico trae aparejado el perfeccionamiento intelectual, de donde se explica la evolución paralela del lenguaje que es su manifestación más evidente.

Los estudios experimentales de la psico-fisiología del lenguaje han permitido determinar en el cerebro humano la *localización* del *centro* psíquico correspondiente (comprobada últimamente por la acción de los rayos *N*), centro que subsiste en los animales irracionales circunscripto también al pié de la tercera circunvolución frontal del hemisferio izquierdo y dedicado á la fonación. Y si no hablan los irracionales como los humanos es, sencillamente, porque ese centro, conexasión intimamente con los otros que presiden las funciones del intelecto, no recibe de ellos el estímulo necesario; y es muy claro que si falta la aptitud intelectual indispensable mal puede hablarse concientemente. De aquí que Esquirol haya podido tomar al lenguaje como

norma de intelectualidad para establecer la clasificación de cierta clase de degenerados.

No hay, pues, porque extrañar que en un pueblo existan al mismo tiempo tan distintas maneras de hablar «La biología, dice Spencer, reproduce sus leyes en la sociología.» Así vemos que la sociedad se divide en gremios y la cultura viene á ser el principal factor de sus «diferenciaciones». El lenguaje, adaptándose á cada escala social, sufre intensas modificaciones: desde las *jergas* y *germanías*, que señalan condiciones de degeneración, perversión moral ó ignorancia, hasta llegar á la *lengua culta*, la *lengua literaria*, la verdadera *lengua nacional*, que supone la forma más perfecta y más digna de caracterizar al pueblo, á la patria, pueden contarse muchas transiciones.

Así como ha podido trazarse el cuadro sinóptico de la especie, que comienza en la *mónera archigónica* y llega hasta el *homo sapiens*, que ocupa la cúspide del perfeccionamiento; igualmente podría trazarse el árbol genealógico de la evolución del lenguaje, que iniciándose en los primeros movimientos del mundo orgánico, llegaría hasta los más perfectos de los idiomas, los que florecen hoy, como el castellano, al calor de los pueblos más civilizados. Y si se considera en lo que respecta á las lenguas solamente, el punto de partida habrá de estar en un idioma de *raíces* primitivas, *gérmen* y células embrionarias, desde donde podríamos ascender siguiendo el desenvolvimiento de todas las lenguas, que asciende paralelo con la evolución etnológica. Es tanto, que se puede inferir el paso gradual de las razas hacia

su perfeccionamiento por el progreso de sus lenguas, método que ha seguido Taylor en sus estudios antropológicos y que han adoptado en buena parte Humbolt y D'Orbigni para el conocimiento de los primitivos pueblos americanos. Llegamos á esta conclusión: *lengua que decae es indicio seguro de que la raza degenera*. Tenemos que la desaparición de las lenguas coincide por regla general con la de los pueblos ó razas que las hablaron. En cambio, á las razas que progresan corresponden idiomas que se enriquecen y prosperan.

«Salidas del mismo tallo, en el mismo país, las lenguas han variado como las especies. Tienen sus fósiles en las literaturas muertas que sin interrupción se derivan las unas de las otras; los siglos son para ellas las capas geológicas y los países donde han florecido, sus estaciones particulares. Las especies tienen sus variedades, las lenguas, sus dialectos. Lo mismo que las variedades son los brotes de un tronco común modificadas por causas exteriores ó fisiológicas, así los dialectos, nacidos de una lengua madre, deben sus desemejanzas al clima y á las costumbres de los hombres que las hablan » (Ferrière).

Parecerá excesiva la introducción de nuestro trabajo y recargada por apreciaciones lejanas ó de escasa atingencia con el problema que tratamos de solucionar; pero, por poco que se medite en ellas se tendrá la evidencia de que el desenvolvimiento del lenguaje en las especies como en los individuos y la generación de las lenguas en la humanidad siguiendo el curso de los siglos como en las sociedades atendidas sus distintas escalas ó graduaciones, vienen á marcar evoluciones paralelas

que se contrapesan entre sí, prestándose á comprobaciones tan ciertas, tan patentes, que no se hallarían en ningún otro método de investigación.

Dada la índole evolutiva de las lenguas, tenemos que los elementos que dan vida á un idioma y los gérmenes que tienden á su corrupción viven en lucha constante y se hace imposible establecer una valla capaz de delindarlos. Se trata, en el caso que vamos á estudiar, de resolver á quienes corresponderá el triunfo.

Ferrière (5) resume las *causas de selección* que obran sobre una legua, en las siguientes:

- 1° *Relaciones de los pueblos entre sí;*
- 2° *Progresos de las ciencias y de las artes;*
- 3° *Hechos políticos y literarios.*

Aplicados debidamente á la investigación del porvenir del castellano en América vienen á reducir el problema á una verdadera progresión, en que conocidos los primeros términos (evolución que ha precedido al estado actual del habla castellana) y la razón que existe entre ellos (causas de selección que han actuado) se pueden determinar los siguientes (evolución futura) con precisión matemática.

(5) «El Darwinismo», obra ya citada.

II

«*Las relaciones comerciales, industriales, políticas y literarias que mantienen los pueblos son una fuente continua de variaciones y de selección.* Arrastrados en el torbellino de una vida ocupada, no advertimos esos cambios graduales, porque nosotros y todò lo que nos rodea ha cambiado al unísono» (Ferrière).

Una mirada retrospectiva por los ámbitos de la historia nos dará á este respecto mayor evidencia y antecedentes que concomitan eficientemente para la resolución del problema en que estamos empeñados.

Las naves de los comerciantes fenicios y cartagineses llevaron á los iberos y celtas, primitivos moradores de la Península Ibérica, á la par del intercambio de los productos del suelo y de sus industrias, muchos vocablos de sus lenguas, de los que hoy, después del trascurso de tantos siglos, sólo halla vestigios la investigación etimológica.

Los griegos que fundaron las principales colonias aportan un lenguaje que, más perfeccionado, obra con

influencia más poderosa; lo que no impide que sufra á su vez las consecuencias de su contacto con aquellas lenguas, especialmente con el idioma éuscaro, ya en pleno vigor en aquellas remotísimas épocas. «Los apasionados del vascuence pretenden que *eros* (amor), *heresis* (secta), *letargon* (letargo), y otras varias voces son puramente vascuences. Indudable es que las colonias griegas toman algunos vocablos vascongados, pues Platón, al mencionar palabras bárbaras usadas por sus compatriotas los griegos, cita algunas enteramente vascuences; pero, sin menoscabo de lo que andando los tiempos puedan descubrir la filología y la historia, opinamos que el idioma vascongado debe al griego mucho más que éste á aquél» (6).

Bastó la sola presencia de los bárbaros en los límites del Imperio Romano, para que ya se hiciera sentir la contaminación de voces bárbaras que enturbiaban el cristalino caudal de la lengua latina. Se contrareestaba en esto el poder de una corriente avasalladora, como que era más poderosa; porque así como en la lucha por la existencia las especies más fuertes se llevan el triunfo, los idiomas más perfectos oponen mayor resistencia para ser bastardeados. Así vemos con cuanta facilidad pudo imponer su idioma el romano en cuanto conquistó á España, y el hecho de que llegara á degenerar tan rápidamente su hibridización en *sermo vulgaris*, se debe, no tanto á la influencia de la mezcla, con los pueblos dominados como á la circunstancia de

(6) Monlau. — Introducción del «Diccionario Etimológico», pág. 60.

que fué introducido por soldados iletrados que estaban muy lejos de conocer debidamente el *sermo urbanus, nobilis*, (latín elevado, clásico); esto no obstante, sucedió lo que con las inundaciones del Nilo que dejan todo el sedimento fecundante de sus aguas.

No nos sorprenderá por tanto el notar que los romanos vencedores del pueblo griego regresaran, como se ha dicho, vencido en lo tocante á la lengua. Sabida es la gran influencia que recibió en tal ocasión el latín del contacto con la lengua griega, especialmente por la acción de su brillante literatura.

Con la irrupción de los bárbaros, inmenso torrente que se desbordó sobre el vasto Imperio Romano, ya no se trataba de simples contactos, relaciones capaces de producir variantes más ó menos profundas, pero de muy lento proceso; sinó de una invasión que si no produjo en España todo el efecto de la conquista romana, fué, en primer lugar, porque aportaba un lenguaje que estaba en la consiguiente armonía con los bárbaros que lo usaban; y al godo le ocurrió lo que al romano en Grecia, se sintió subyugado por el habla de los vencidos. Si los bárbaros hubieran traspuesto nuevamente los Pirineos, muy reducida habría sido la influencia dejada por su lengua. Pero se quedaron, y fué ineludible, así como el cruzamiento de la raza, la adaptación del bárbaro al idioma que usaban los pobladores de Iberia, ó que éste se adaptara á aquellos. De aquí se origina, por ejemplo, la introducción de las *preposiciones* para indicar los distintos *casos gramaticales*; ni el oído rústico estaba en aptitud de apreciar las

suaves distinciones de las desinencias propias del latín, ni el aparato vocal las hubiera modulado sin grandes dificultades, á parte de que escasearía el grado de cultura mental necesario para apreciarlas; para ellos lo mismo daría *dómine*, que *dóminus*, *dóminis*, *domini*. Además de estas modificaciones profundas en el organismo de la lengua romance, puede también señalarse respondiendo á causas análogas: la formación del *artículo*, tanto determinante como indeterminante que en latín no existía; el empleo de *auxiliares* para formar los tiempos *compuestos* en la conjugación de los verbos, así *vici* (he vencido) se convirtió en *habeo victum*; y el uso del verbo *ser* para la *voz pasiva* que vino á perder la forma sintética que tenía en latín, de *amor* (soy amado) se tuvo *sum amatus*; de *cantabar*, *cantatus eram*; etc.

Por lo demás, aún cuando los vocablos aportados por las lenguas góticas pasan del centenar que asignó Monlau, no dieron por ello mayor contingencia al romance; designan nombres propios ó cosas de la guerra, lo que se explica dada la índole militar de la conquista gótica.

Los árabes que invadieron por el sur manteniéndose en España por más de siete siglos, tuvieron tiempo sobrado para que su influencia se hiciera sentir sobre el romance. De intelectualidad superior á los godos, fáciles fué adaptarse á las modalidades de las lenguas existentes en la península, de aquí que su acción modificadora no se hiciera sentir tan intensamente que llegara á producir alteraciones fundamentales en la índole gramatical del romance como aconteció con los

bárbaros. Ellos propendieron á que se arraigara el uso de los artículos («... y si quereis ir avisados; hallareis que un *al*, que los moros tienen por artículo, el cual ellos ponen por principio de los más nombres que tienen, nosotros le tenemos mezclado en algunos vocablos latinos») (7) y á que se excluyeran en absoluto las diferentes terminaciones propias de la declinación de los nombres, de las que sólo las correspondientes al nominativo y acusativo subsistían aún.

La pronunciación de los árabes, que ha debido ser muy distinta de la latina, tuvo que influir necesariamente sobre la prosodia del romance: «al árabe se atribuye el frecuente uso de la *h* aspirada, de la *ch* fuerte, de la *z* y de la *zedilla*, de los sonidos guturales fuertes de la *g* y de la *j*, etc.» (8) El árabe ha venido á enriquecer el vocabulario con algunas desinencias y prefijos. Mucho ha tenido que influir esto en el carácter propio y específico que llegó á adquirir el castellano al ser generado por dialectos romances.

El análisis etimológico ha podido comprobar la presencia de un millar por lo menos de voces de origen árabe, entre ellas muchos términos que revelan el adelanto de los moros en las ciencias, artes é industrias, de los que difícilmente se hallarán algunos entre las que descienden del gótico.

A su vez el árabe se contaminó en su contacto con el romance; muchas voces, principalmente latinas, han

(7) «Diálogo de las lenguas».

(8) Monlau—Dic. Et., pág. 57.

llegado hasta el centro de la Arabia y hasta Constantinopla, llevadas por los moros arrojados de España.

Muy superficial hubiera sido la influencia morisca sinó hubiese mediado la circunstancia de hallarse la lengua española en plena gestación.

El vasco, confinado entre sus montañas desde tiempo antiquísimo, ha podido mantener su idioma libre de mayores influencias, gracias á esta misma circunstancia y á sus condiciones de carácter. Resulta el vascuence quizás el único idioma autóctono de España, por más que Humbolt haya pretendido considerarlo generado por el céltico. No obstante, nadie ha impedido que evolucionara, aun cuando haya sido manteniéndose siempre en la misma etapa morfológica, y sus modificaciones son más acentuadas en las provincias que han mantenido mayor contacto con los pueblos limítrofes de España misma ó de Francia. Su influencia en el castellano se reduce á la introducción de voces, que á lo sumo alcanzarán á dos mil por más que el P. Larramendí pretenda superar esta cifra; y es muy probable que los sufijos *anza*, *anzúa*, *asco*, *ería*, *era*, *ez* y otros le deban también su origen.

Tenemos, pues, que el latín y el griego, idiomas hermanos que descienden directamente del *sánscrito* vienen á ser, respectivamente, como lo afirma Monlau, *padre* y *tio carnal* del castellano; influyen poderosamente en su conformación ulterior el gótico y el árabe, ante todo por su acción como propias de pueblos conquistadores que se arraigan; y el éuscaro, aunque remiso en sus relaciones, también aporta su influencia. Sólo por

atavismo podrá hallar la investigación etimológica rastros definidos del céltico y del ibero primitivos.

Y á la par del castellano crecieron otras lenguas hermanas, el francés, el italiano, el portugués, que hasta en su época de gestación hacen sentir los efectos de sus relaciones mútuas. Es bien conocida la influencia que el romance de las galias, y después el francés antiguo, ejercen sobre el castellano en formación; para comprobarlo basta dar una hojeada á la notable obra del gran filólogo Diez.

Y á medida que estas lenguas se perfeccionan más y más, los progresos modernos, que facilitan las comunicaciones y que anulan las distancias, al favorecer las relaciones entre unos pueblos y otros resultan causas de constantes variaciones y de selección en los idiomas. No sólo el francés y el italiano por su acción vecinal llevan neologismos al castellano; el inglés y el alemán también entran á su tiempo á prestar su contingente.

En el siglo XV, precisamente en momentos de ser arrojados los moros, cuando los elementos generadores del castellano aun bullen en pleno fusionamiento, y comienza, no obstante, á perfilarse la flamante lengua surgiendo sobre los dialectos romances con tanta amplitud y gracia que, según Litré, superaba á su misma *madre* (el latín) (9), se produce el descubrimiento de América que viene á conceder inmensas dimensiones al teatro de acción de la nueva lengua.

(9) He aquí una confirmación de las leyes de la herencia.

De los veintiseis grupos en que el Dr. F. Müller, de Viena, ha dividido las lenguas americanas, más de la mitad, contando infinidad de dialectos, corresponden á la parte del Nuevo Mundo que entra á conquistar el español.

Entre ellas el *azteca* ó *nahuatl*, el *quichúa*, el *guaraní* y el *araucano*, han alcanzado relativamente un grado bastante notable de desarrollo por lo mismo que corresponden á los pueblos más adelantados y numerosos, en especial los dos primeros. No obstante, pertenecen á una etapa evolutiva más atrasada que la lengua de los conquistadores, por lo mismo que según su *morfología* están todas clasificadas entre las *aglutinantes* y menos podrá favorecerlas la clasificación *genealógica*, pues todo hace presumir que traen su origen de lenguas inferiores (10); basta considerar la escasa cultura de esta raza, su grado de civilización, para tener plena evidencia á este respecto. Ahora bien, de lo ya expuesto fácilmente se deduce que el triunfo corresponde á la lengua del conquistador; pero la forma en que se ha llevado á cabo la dominación, á sangre y fuego, buscando el exterminio del aborígen y no su adaptación á la vida más civilizada del conquistador, ha obstaculizado las relaciones de las lenguas; los idiomas indígenas van desapareciendo junto con las tribus que los hablaban, de algunos ni rastros quedan.

(10) Basta observar la nomenclatura geográfica del Perú para notar la semejanza que existe entre muchos vocablos de la lengua *aimará* y nombres *chinos*. Ignoro si esta circunstancia ha sido apreciada por algún lingüista. El hecho de que los *aimaraes* usaran trenza como los chinos viene á confirmarnos, por otra parte, en la creencia de que alguna relación ha debido existir entre estas dos razas.

De esta lucha constante, en que de antemano está decretada la destrucción de la raza inferior, proviene que el indígena haya mantenido su lengua sin más modificaciones que las resultantes del contacto con el nuevo amo de las tierras, en especial, adquisición de vocablos que designaban nuevos usos ó cosas. La conquista espiritual estuvo en condiciones de difundir el castellano entre los indígenas; pero, como es sabido, los comunistas jesuitas dieron en invertir á este respecto el orden natural, se acostumbraron ellos al guaraní y otras lenguas del salvaje, y proscribieron el propio idioma para asegurarse en su imperio manteniendo á sus «niños grandes» inaccesibles á los otros conquistadores.

A esto se debe, en gran parte, el hecho de que haya persistido hasta hoy el *Guaraní* en el Paraguay, Corrientes y Misiones, donde no sólo lo hablan los indios y meztizos, sino que llega á usarlo hasta la gente más culta; lo que no es de extrañarse, pues en los individuos, en cuanto se refiere á lenguaje, tienen que reproducirse las causas de selección que obran en los pueblos; y no se puede suponer que quien tenga á su servicio personas que hablan Guaraní, ó permanezca por cualquier motivo en relación con ellos, pueda eximirse de aprenderlo y usarlo, maxime desde que se trata de una lengua muy grata al oído por su eufonía y por el predominio de las vocales suaves. Otro tanto ocurre en la provincia de Santiago del Estero y en gran parte de Salta, Tucumán y el Chaco con el *Quichúa*; y es tanto, que á un maestro de escuela de por allá se le ocurrió reclamar muy campante, en un artículo que vió la luz pública en

las páginas de una revista bastante seria, que se enseñara esta lengua indígena en las escuelas santiagueñas á la par del castellano.

Y quizás se deba á idénticas circunstancias el hecho bien curioso de que, como lo observa el erudito autor del «Diccionario de Peruanismos», D. Pedro Paz Soldán y Unánue (Juan de Arona), existan más voces quichúas entre los neologismos corrientes en Buenos Aires que en Lima, centro del imperio incásico.

El *Guaraní* y el *Quichúa* subsistentes en la actualidad están muy lejos de ser los primitivos. Desde que dejó de obrar sobre ellos la acción conservadora de los jesuitas han venido sufriendo la influencia poderosa del castellano; lo que se comprueba con sólo observar la enorme cantidad de vocablos que toman á nuestra lengua, la modificación de sus peculiares fonismos guturales y nasales que se van adaptando gradualmente á la prosodia del castellano, y, más que todo, por la evolución sintáctica que les va quitando su forma aglutinante. Solamente las tribus que han podido mantenerse aisladas entre bosques y montañas inexpugnables conservarán actualmente su lengua intacta; y han de ser bien escasas.

Las voces aborígenes que hemos tomado para nuestro uso vienen á corresponder á los pueblos indios más importantes y adelantados; precisamente los que han tenido mayores relaciones entre sí y á la vez mayor contacto con la raza conquistadora. Así se explica que hoy se dispute el origen de algunas palabras, pretendiendo hacerlas descender á la vez de varias lenguas indígenas: por ejemplo *guacho* que el ilustre Cuervo en

sus «Apuntaciones del lenguaje bogotano» supone de origen quichúa (de *huacha*, pobre) ó chibcha (de *guacha*, mancebo), mientras que Zorobadel Rodríguez en su «Diccionario de Chilenismos» cree hallar el origen de este vocablo en el aimará *huajcha* (huérfano), en el quichúa *huaccha* (pobre huérfano) y en el araucano *huicho* (el hijo legítimo), viniendo á resultar en final de cuentas que seguramente se trata de la misma voz castellana que significa, allende el océano, «pollo de gorrion» y que, importada por los conquistadores, pudo muy bien llegar á los indígenas citados que la adaptarían á su propia pronunciación; lo que ha podido ocurrir con muchas otras palabras. *Pucho* y *chaucha* «subamericanismos» que encuentran su origen en voces del quichúa y del araucano á la vez, son voces que no han tenido cabida hasta ahora en el Diccionario de la Academia, y que seguramente no la tendrán porque se trata de regionalismos que no han conseguido traspasar ni el Istmo de Panamá ni el Océano Atlántico: su comunidad de origen nos demuestra que los quichúas y araucanos, aunque algo distantes unos de otros, no han dejado de tener sus puntos de contacto. Muy original resultaría la peregrinación de *chicha*, supuesto nahualteismo, que por su parte Lafone y Quevedo cree de origen Cacán (sólo porque no puede venir del quichúa, que llamó *akha* á esta bebida); pero la etimología dada á esta voz por Groussac (111), al concederle origen clásico nos corta este eslabón que probaría de por sí

(11) Véase «Anales de la Biblioteca». Tomo I, pág. 393.

las primitivas relaciones de una á otra América. Tenemos, sin embargo, muchas palabras, tomadas á las lenguas aborígenes, que se han corrido de un extremo al otro de la América española sin llegar á merecer un lugar en el Léxico, favor que han obtenido otras sin mayores méritos. *Malón*, á pesar de no haber traspuesto el Panamá, es, como otros vocablos, muy digno también de tal honor (viene á corresponder al araucano y al pampa, lo que no es de extrañar desde que se trata de indios vecinos); llegará á inmortalizarse con el gran cuadro del malogrado Della Valle y adquiere títulos para ser tenido en buena cuenta por el hecho de que en boca de las bellas damas de la capital puntana adquiere un sentido figurado muy simpático: «llaman dar un malón» al acto de concurrir en grupo á alguna casa conocida, poniéndose previamente de acuerdo con jóvenes que acudan luego, y obligan con esto un baile improvisado.... pero, no nos dejemos llevar por notas sentimentales que en investigaciones científicas no tienen mayor peso.

En la época del coloniaje un nuevo elemento etnográfico viene á actuar en el suelo americano, el *africano*; raza atrasadísima, trae un lenguaje muy pobre que fácilmente es avasallado por el castellano. Y hoy, aunque existen muchos negros y mulatos, en nuestra lengua no queda más rastro que el de algunas pocas palabras, entre ellas *mucamo* (también de uso muy corriente en el Brasil) y *mandinga* (cuyo empleo llega hasta el Perú y Chile). Quizás por Haití y Santo Domingo será mayor la influencia; pero no habrá podido producir modificaciones de importancia lengua tan inferior.

Por cuanto antecede podemos inferir que ha trascurrido la época más peligrosa para el reinado del castellano en América sin perturbaciones tales que hayan podido determinar, como se ha llegado á pretender, su desdoblamiento en dialectos (12). Antes bien, creo que ha recibido más elementos de vida que verdaderas corrupciones. Hemos propendido al crecimiento del idioma, allegándole neologismos; ya vocablos de las lenguas aborígenes ó nuevas derivaciones nacidas del mismo castellano y perfectamente adaptadas á su índole idiomática que designan seres, cosas, usos y costumbres desconocidas en España, ó muy propias de estas tierras, ó ya enriqueciendo el significado de las palabras existentes con nuevas acepciones; todo lo que viene á importar verdadero crecimiento. Tenemos, por ejemplo, que transportado el caballo á estas regiones llega á ser el gran recurso de vida, principalmente en el hombre de campo; de aquí el gran número de vocablos á que da lugar (*mancarrón, matungo, pingo, bagual, redomón, rebenque, arreador, maturrango, etc.*) y las nuevas acepciones que vienen á poseer, *recado, lazo, rodar, apero, empacar, matrero, tropa, etc.*; muy valioso contingente; pero, que no puede aceptarse en la lengua culta y literaria sin que medie la debida selección.

(12) Hablamos de *dialectos*, porque sería mayor desatino pensar en nuevas lenguas, pues en la evolución de los idiomas es ley constante que aquellos precedan cronológicamente á éstos, De una lengua jamás se origina directamente otra. Así es que Abeille no hubiera andado tan errado si bautiza su libro llamándole «El Dialecto de los Argentinos», ya que no se dignaba con ceder al castellano el derecho de ser nuestro idioma nacional.

Es indudable que quien repare en el obligado contacto de nuestra lengua con el habla popular, con el elemento heterogéneo que nos trae la inmigración, con la influencia científica y literaria de Francia y otras naciones, y en los otros muchos factores que pueden motivar modificaciones, tendrá aún mucho que objetarnos; pero ya iremos deslindando el valor positivo que puedan tener como nuevos elementos de vida para el uniforme crecimiento del castellano ó como gérmenes de su corrupción.

Las relaciones existentes entre el lenguaje y el pensamiento, de que hemos hablado al sentar los fundamentos de nuestro método de investigación, bastan para explicar la coexistencia del lenguaje culto y literario con el habla vulgar y con las jergas ó germanías que importan verdaderas degeneraciones. Esto ocurre en todos los países y en todos los tiempos, con mayor motivo cuando los beneficios de la educación no están bien repartidos; y nada tendrá de extraño que haya diferencias entre el habla vulgar de la Argentina, por ejemplo, y la de Méjico que está al otro extremo de América, si aquí varía de una á otra provincia. ¿Quién conoce en Buenos Aires y en todo el Litoral las voces *aguaitar*, *ardidoso*, *taita*, *cayana*, *guagua*, *guampas*, *patay*, *añapa*, *chapeco*, *pericote*, y tantas otras de igual estirpe que por las provincias cuyanas son corrientes entre la plebe, y que llegan á veces hasta la gente más culta.

Y es en las grandes capitales, precisamente los centros que sirven de guía y dar norma al idioma, donde

estas «diferenciaciones» se extreman: tanto París, como Madrid y Buenos Aires poseen su *caló* por lo mismo que cuentan asociaciones de ladrones y presidiarios que aún intencionalmente ponen en juego toda su ingeniosidad para diferenciar su lenguaje del que habla la demás gente; y entre el *caló* del «lunfardo» y la lengua nacional ¡cuántas variaciones no se podrían contar en la misma Buenos Aires!; aparte del lenguaje *soez*, lenguaje bárbaro que sale á rodar á cada paso y por cualquier nimiedad sin consideración por las damas ó demás circunstantes casuales que tienen que escandalizarse; está el habla «sui géneris» del *compadrito*, como se tiene en Madrid la del *chulo*; al lenguaje ramplón del *campesino* castellano, viene á corresponder entre nos el *criollo* ó lengua *gauchesca* con su admirable provisión de arcaísmos..... y son tantas las gradaciones que podrían establecerse entre las diversas maneras de hablar que se escuchan en todo momento, que, como hemos dicho, por poco que se sutilizara el análisis llegaría á clasificarse por gremios.

Hay que reconocer entre los gérmenes corruptores que obran en Buenos Aires un factor que no es tan poderoso en España: el habla popular que nace de la mezcla de extranjeros, el «cocoliche», curiosa hibridación que aporta el inmigrante cuando se afana en usar nuestra lengua; algunos dan en imitarlo por lo mucho que mueve á risa y ha llegado á tener su literatura, ya en libracos, ya en hojas periódicas, ya en los celebrados dramas criollos; sus palabras podrán ser tomadas en uso por la clase culta en algunas ocasiones para me-

·jor inteligencia en las indispensables relaciones con los vendedores ambulantes, «changadores» y demás gente que pueda usar tal jerga; pero con todo eso se está muy lejos de llegar á concederles arraigo, como lo demuestra el hecho de que apesar de constituir el italiano la gran mayoría del elemento inmigrante sean tan escasas las voces y giros de esta procedencia que registra nuestra habla culta.

Son otras, como veremos más adelante, las influencias que obran con más poder sobre el idioma y como ellas ejercen igual ó mayor acción en la misma España y en los otros países de habla castiza, resulta que están muy lejos de llegar á constituir un peligro para la unidad de la lengua.

Como muy atinadamente lo reconoce el ilustrado Cuervo en el prefacio de sus «Apuntaciones», al establecer las diferencias entre «el uso que hace ley y el abuso que debe extirparse», en materia de lenguaje jamás puede el vulgo disputar la preeminencia á las personas cultas; pero también es cierto que á la esfera de las últimas puede trascender algo del primero, en circunstancias y lugares especiales; así *el aislamiento de los pueblos hermanos*, origen del olvido de muchos vocablos puros y del consiguiente desnivel del idioma, el roce con gente zafia, como por ejemplo, el de los niños con los criados y los trastornos y dislocaciones de las capas sociales por los solevamientos revolucionarios, que encumbran aún hasta los primeros puestos á los ignorantes é inciviles, pueden aplebeyar el lenguaje generalizando giros antigramaticales y términos ba-

jos»; y á continuación señala, como otro motivo importante que pervierte el habla, el hecho de que «se leen de ordinario libros pésimamente traducidos ó periódicos en que á vuelta de algo original, menudean también traducciones harto galopeadas»; y concluye indicando que «como el objeto del lenguaje sea el entenderse y comunicarse, una vez que los vulgarismos vienen á constituir obstáculos para ello entre diversos lugares, en vista del estado de la lengua en los demás países que la hablan, hay derecho para proscribir los que sólo por abuso han logrado privar.»

Tal proscripción difícilmente se impone por más derechos que se tengan para ello. El proceso evolutivo se encarga de seleccionar; así vemos que las variaciones que vienen del contacto con las germanías no llegan generalmente á cuajar, pues caen de por sí antes de alcanzar su sazón; en cambio, las que nacen del roce con lenguas tan cultas como la nuestra, no así como quiera se extirpan, sinó que más bien llegan á generalizarse llevadas de uno á otro país por las mismas relaciones que las aportaron y siempre que no resulten refractarias á nuestro carácter idiomático pueden obtener al fin su carta de ciudadanía. Me parece, pues, inútil que el distinguido escritor venezolano Calcaño proteste contra «el contagio pernicioso ocasionado por los idiomas extranjeros, á causa de las peculiaridades de su situación social, que vicia aún el lenguaje de escritores notables, y amenaza propagarse en algunos centros con perjuicio de nuestra hermosa lengua» y contra «las voces viciosas ó exóticas de ese género, multitud de anglicis-

mos ó galicismos que pretenden pasar plaza de corrientes, como *remarcable* por *notable*, *emocionar* por *conmover*; y como si ello no fuese suficiente, frases completamente extrañas, como *golpes de bastón* y *tirar la espada.*»

Y bien lo reconoce nuestro distinguido correspondiente de La Academia, Sr. Quesada, cuando dice en «El Problema de la Lengua»: «es sumamente difícil sustraerse á semejante influencia, por manera que aún los escritores más cuidadosos emplean involuntariamente barbarismos que no resisten al análisis más superficial. ¿Quién no dice *tener lugar* por *ocurrir*; *silueta* por *perfil*; *suceptible* por *capaz*; *prevenir* por *evitar*; *personalidad* por *personaje*; *referencias* por *informes*; *revancha* por *desquite*; *rango* por *categoría*; *kermese* por *rifa*; *mistificación* por *engaño*; *intrigado* por estar *perplejo*; *reporter* por *noticiero*; *considerable* por *grande*; é infinidad de voces análogas, á veces usándolas en sentido diverso del legítimo, como *cortejo* por *séquito*, cuando significa *hacer la corte*; *conferencia* por *discurso*, cuando quiere decir *conversación*; *et sic de cæteris?* Muchas de estas locuciones son hoy día imposibles de extirpar: *batirse en duelo*, p. e., es frase consagrada, y nadie comprendería hoy su traducción castellana, *reñir en desafío*; y sin embargo aquella es un simple despropósito.»

Y no es que ocurra esto solamente en América, lo general es que nos venga de España. «La influencia — observa Monlau — que tiene el francés sobre el castellano (lo mismo que sobre otros idiomas, pues de ella se quejan igualmente los puristas italianos, portugueses, etc.) es inevitable, porque inevitable es también,

á la par que provechosa, la incesante comunicación de las naciones cultas entre si: y sabido es que en el roce de dos idiomas, sobre todo si son afines, éstos se compenetran más ó menos, uno toma siempre algo del otro, predominando empero en esa recíproca influencia el más robusto, más cultivado y mejor constituido. Dada pues, la necesidad de la influencia del francés, lo único que cabe hacer es modelarla y dirigirla. Admitiéndose en hora buena, previa su eufonización á la castellana, las naciones nuevas y necesarias, ó siquiera útiles, sobre todo si han sido formadas del griego ó del latín, como *binocle*, *comandita*, *cotización*, *daguerreotipo*, *fotografía*, *mistificación*, etc.; pero no se alteren imprudentemente las acepciones de las voces castellanas ya existentes; y sobre todo no se consienta la menor alteración de la sintaxis, ni la introducción de idiotismos franceses».

Es que las lenguas no se estancan, son corrientes que no se pueden detener sin peligro de que se contaminen más y más. y lleguen á corromperse de veras y la ley de la evolución debe obrar lo mismo en España que en América. Se dirá que es un absurdo admitir giros y voces extranjeras que están perfectamente expresadas en correcto castellano ¿y acaso no han primado de igual manera voces árabes á pesar de existir las latinas que tienen idéntica ó semejante significación, como *alacrán* y *escorpión*, *alcohol* y *aguardiente*, *alcoba* y *apósito*, etc? Y sin ir tan lejos ¿acaso *emboscada*, *foso* y *hostería* introducidas del italiano por los eximios escritores del siglo de Cervantes, y muy bien colocadas en el léxico, no tenían ya sus voces similares en *celada*

cava y *mesón*?; y no ocurrió lo mismo con *centinela*, que al decir de Hurtado de Mendoza vino á reemplazar al guardián que de día era *atalaya* y de noche *escucha*; voces que hoy se convierten en arcaísmos en la misma España; sin embargo de lo cual el uso de la segunda se conserva en el Paraguay?

La moda, esa tirana tan terrible y tan dulce á la vez, que no perdona ni á la más hermosa creación del Divino Artífice, la mujer, cuya cintura viene comprimiendo despiadadamente, es causa que ocasiona borrascosos encrespamientos al caudal puro del idioma. París, rosa de estos vientos, nos trae, á la par de sus innovaciones y reformas en trajes, usos y costumbres, los vocablos y locuciones que las designan, y tampoco se quedan atrás Londres y otras grandes capitales. Parece que existiera el temor de que la moda deje de ser tal ó desmerezca su esencia sin esta condición. Así se hace necesario que toda dama de la *haute* posea su *boudoir* con decoraciones *art nouveau* y que varíe trajes á cada *saison*; que se esmere en su *toilette*, aunque pase horas y más horas ante el espejo de su *toilette*; que cuando dé una *soirée* exorne con primorosos *bouquets* la mesa del *lunch* ó el *buffet*; que no pierda *diner blanc*, ni *dinner dance*, ni *five o'clock tea* á que sea invitada; podrá decidirse á bailar un *Washington post* ó *skating rink* sin que por eso descuide el aire *smart* y el corresponder al *flirt* de algún *dandy gentleman*.... he aquí todo un fárrago de barbarismos que andan muy en boga, aunque se arrumben las expresiones castellanas que debieran usarse: *alta* sociedad, *gabinete de confianza*, *arte*

nuevo ó modernista, estación, tocado, tocador, sarao ó tertulia, ramilletes, refrigerio ó ambigú, comida de blanco ó de solteros, cena y baile, «té de las 5», «correo de Washington» «danza de patinadores», noble, galanteo, elegante, hombre de mundo. Para tener mucho que reparar á este respecto recórranse las «notas sociales» de diarios y periódicos (y para mayores sorpresas de los admiradores de Cervantes bastarán las «crónicas» de los juegos atléticos donde sólo quedan enterados los muy aficionados). Y esto no es solamente de Buenos Aires, es de toda la América, es de España también. Así han de nacer muchos neologismos que vendrán á reclamar su inclusión en el Léxico; antes les será indispensable ponerse también á la «moda».... del castellano, cambiar algo de *traje* y de *pronunciación*, adaptándose siquiera á la índole ortográfica y prosódica, propia de nuestra lengua. Ya *touriste* en su afán por denominar á *quien viaja por placer*, se ha convertido en *turista*; y de la misma manera tienden á castellanizarse muchas otras palabras.

Y fuerza es reconocer que la influencia de todas las relaciones apuntadas—tanto más si se trae á cuenta la despreocupación con que miramos cuanto se refiere al idioma los argentinos y otros americanos, las diferencias de clima y costumbres, las distintas vecindades, etc,—bien podrán traer algunas variaciones regionales con el crecimiento que motivan, y susceptibles de ser apreciadas aún entre una y otra provincia ó departamento de la misma nación. Pero, si en algo llegan á medrar tales diferencias será, ante todo, por ignorancia y desidia:

el intercambio constante de publicaciones, la acción de las academias y sociedades literarias, y las facilidades que hoy existen para comunicarse entre sí á pesar de las distancias, á parte de otros factores que tendremos ocasión de enumerar, obran como fuerzas conservadoras manteniendo el contrapeso indispensable para el equilibrio de la lengua.

En la Argentina como en otras repúblicas de la América se echa muy de menos la benéfica influencia de las Academias correspondientes, que obrando de consuno con la Real de Madrid, resulten focos de cultura capaces de iluminar la huella que debe seguir el idioma en su constante progreso evolutivo.

Y es de todo punto necesario para mantener la uniformidad del castellano que la Academia preste igual acogida tanto á los neologismos procedentes de América como á los que se originen en la misma España. «Así como nosotros, ha dicho el académico Varela, hemos impuesto á los hispano-americanos un caudal de voces, que provienen del latín, del teutón, del griego, del árabe y del vascuence, los americanos nos imponen otras voces que provienen de idiomas del Nuevo Mundo y que designan casi siempre, cosa de por ahí». Y aun resulta muy restrictiva la concesión del distinguido autor de *Pepita Giménez*. ¿Porqué solamente *las voces que provienen del N. Mundo?* Levante bandera más liberal la ilustre corporación y fácil será que todos nos cobijemos bajo sus ámplios pliegues. ¿Acaso la evolución del idioma en estos pueblos nuevos, llenos de savia vital, con ánsias de progreso, puede reducirse á la sola adqui-

sición de voces que provengan de las lenguas autóctonas y que designen casi siempre *cosa de por aquí?* Aplicando el mismo criterio podría también pretenderse que es más castizo un provincialismo de España—¡y cuidado que la Academia los tiene en buen número!— que un «americanismo» que goce de popularidad en el casi triple número de habitantes que cuenta la América española.

Pues, bien, las nuevas derivaciones; los términos técnicos y geográficos; los giros oportunos y vocablos nacidos espontáneamente ó tomados á otras lenguas, sean ó no aborígenes; los aumentos del significado de las palabras existentes; y otras innovaciones que aportan los elementos de vida propios de la lengua, no deben ser desechadas siempre que la acción seleccionadora del buen uso, generalizándolas y concidiéndoles su eficiente sanción, las hagan dignas de incorporarse á la corriente del castellano.

III

Los progresos que realizan las ciencias, las artes y las industrias constituyen la segunda causa permanente de variaciones y de selección á que llega Ferrière mediante la aplicación de la teoría evolutiva á las lenguas.

Veamos como obra sobre el castellano.

Hay que confesar, ante todo, que nuestro léxico es muy pobre en términos técnicos, Su mejor bagaje viene á estar constituido por voces derivadas del latín y más aún del griego, no siendo extrañas las voces compuestas por elementos de ambos idiomas. Las lenguas bárbaras nada pudieron aportar en este sentido; en cambio, la ocupación árabe, así como introdujo algunos adelantos en ciencias, artes é industrias, también trajo los vocablos correspondientes: algunos de ellos, *álgebra* y *cifra*, p, e., han trascendido á todas las otras lenguas neolatinas.

El «Congreso Literario» reunido en Madrid en 1892, en su 23.^a conclusión, reconoce lo siguiente: «Además del léxico vulgar y del de autoridades, será muy útil

la formación de uno ó más diccionarios tecnológicos que restauren muchos vocablos castizos indebidamente caídos en desuso y que se encuentran en las obras de nuestros escritores más ilustres de los siglos XVI, XVII y XVIII, especialmente de ciencias físicas y naturales; que contribuyen poderosamente á encauzar el torrente de antiguas y nuevas palabras técnicas nacidas de las ciencias é industrias, y que acomoden las modernas que sea menester introducir, á la índole de nuestro idioma, evitando los desastrosos efectos que en estas esferas del lenguaje están produciendo las influencias extranjeras.»

En primer lugar, eso de restaurar arcaísmos es tarea inútil, porque no así como quiera se levantan los moribundos. Muy plausible ha sido el afán de la Pardo Bazán y más particularmente de algunos escritores académicos de la madre patria por restaurar palabras y giros clásicos caídos en desuso, dándose á emplearlos á menudo para concederles nervio y nueva vida; y si el resultado obtenido por tales autoridades no se ha señalado por mayores triunfos ¿qué mucho puede esperarse para la tecnología que corresponde más á sabios y artífices que á literatos?

«Cuando la ciencia ha de expresarse por la palabra, dice Barcía en tono muy concluyente, en donde no hay palabra no hay ciencia.» (15)

Y no es que no haya ciencia en España; la hay, pero Francia lleva muy airoso la delantera y mucho tiene que enseñarnos. Resultan obligados los *galicismos*; es

(15) «Diccionario Etimológico, Tomo I, pág. X.

decir, palabras de origen griego ó latino, acomodadas para la designación tecnológica, á las terminaciones y estructura general que son propias del francés; pero que, al ser tomadas por los pueblos de habla castellana, se adaptan á la índole de esta lengua; lo que equivale, en rigor, á tomarlas *indirectamente* del griego y del latín, nuestra común fuente etimológica. En ocasiones nos llegan de otras lenguas más distantes y podrán ofrecer mayor dificultad para su adaptación; pero, no por eso hemos de protestar contra *las influencias extranjeras* que si pueden resultar *desastrosas* para nuestra lengua es sólo, como lo demostraremos más adelante, por el espíritu demasiado conservador é intransigente de La Academia.

Mal podría el castellano constituir excepción cuando el lenguaje científico, adelantándose á la tendencia general de los idiomas, propende hacia la universalidad. Así como la nomenclatura científica de animales y plantas (nombres genéricos y específicos, griegos ó latinos), por razones de alta conveniencia, ha podido ser la misma para todos los pueblos civilizados; y muy semejante la del mundo inorgánico (que hoy no admite solución de continuidad con el orgánico); natural es que sus constantes transformaciones, que investiga el arte, que aplica la industria y que son objeto del intercambio comercial, busquen denominaciones que puedan ser comprendidas fácilmente por todos los hombres del mundo. Luego, á los que hemos llamado *galicismos*, bien puede concedérseles la importancia de verdaderos neologismos, muy dignos de entrar á for-

mar parte del léxico en cuanto su prosodia y ortografía llegue á adaptarse al carácter de nuestra lengua.

El citado Congreso L. de 1892, reconociendo la indigencia del castellano á este respecto, recomendaba en sus conclusiones 24 y 25: «Como trabajo preparatorio y autorizado para la formación de un léxico científico sería oportuno que las academias oficiales redacten vocabularios tecnológicos relativos á los conocimientos á que se refiere su respectivo instituto y que podrían luego servir á la Academia Española para la composición de su obra definitiva».

«Convendría para que los diccionarios tecnológicos tuviesen garantías de exactitud y alcanzaran el valor de verdaderos códigos legales del lenguaje técnico que á la Academia Española se unieran, á fin de realizar labor tan importante, comisiones facultativas designadas por las demás academias, sin perjuicio de oír y consultar también á las personas de probada ciencia cuya opinión se considerara necesario conocer. De esta suerte todos aportarían á la obra indicada el concurso de sus competencias profesionales, y establecerían vínculos de íntima unión entre las corporaciones consagradas al perfeccionamiento de la lengua en su parte fundamental y permanente, y las colectividades facultativas y obreras que emplean el tecnicismo como el medio de comunicación de ideas, y que son respecto de éste lo que el vulgo respecto del idioma común».

Nada de esto se ha cumplido, y el caso es que seguimos tan exhaustos como antes. Basta tomar una ciencia, arte, industria ó comercio cualquiera y entrar

á estudiar la terminología que le es peculiar para tener el convencimiento de que en su mayor parte está ausente de los diccionarios de nuestro idioma.

Pero, no se trata solamente del crecimiento que toca á la lengua por aumento de palabra, sino también por ampliación y por variaciones de los significados reconocidos por la Academia. Si entramos á los ámbitos de cualquier ciencia; sea, por ejemplo, la psicología moderna, «psicología experimental ó psico-fisiología», veremos que hasta las palabras más elementales, como *alma, facultad, conciencia*, etc., han variado su concepto de tal manera que sus definiciones están hoy lejos de corresponder á los significados que les concede el Léxico.

Esto mismo, en términos más generales, es considerado por Barcia, cuando dice (14): «Las palabras introducidas en una lengua con el objeto de seguir las renovaciones del espíritu humano, porque parece que el espíritu crea pensamientos en cada edad, como los árboles se visten de hojas, de flores y de frutos en cada una de las estaciones: las novedades introducidas en un idioma con el fin de seguir las novedades operadas ya en el pensamiento de cada época, en la conciencia de cada siglo, en la índole propia de cada civilización..... no merecen el nombre de neologismo, sinó de natural y necesario desarrollo; de natural y necesario crecimiento.»

Así como *la división del trabajo fisiológico* es causa de selección en las especies, *la división del trabajo*

(14) Introducción del Diccionario Etimológico, cap. V.

intelectual trae obligadamente el progreso de las lenguas, desde que permite profundizar más y mejor los ámbitos de la ciencia, realizar mayores inventos y descubrimientos y, por consiguiente, adelantar las artes, las industrias y el comercio; es la división del trabajo intelectual al idioma, lo que la división gremial al adelanto sociológico.

La Academia no lo ha entendido así ó, por lo menos, si tal lo ha entendido no se ha preocupado mayormente de ponerse á la par del progreso. El ilustrado Director de nuestra Biblioteca Nacional, señor Groussac, comparando la evolución de los idiomas francés y castellano en el prefacio de su obra «Del Plata al Niágara», dice: «La lengua española no ha sufrido este trabajo de transformación: se rige siempre invariablemente por sus clásicos. Ahora bien: todo producto orgánico que se estaciona se desvirtúa; y los que declaman sobre la *riqueza* presente de un instrumento secular, aplicando un concepto inmutable á un proceso esencialmente evolutivo, desconocen los términos de la cuestión.»

Ocurre, pues, que siendo estrechas las barreras con que la docta Academia pretende encauzar la corriente del idioma, éste rebosa y se desborda naturalmente; y ese desbordamiento, abandonado á las fuerzas extrañas que puedan impulsarlo, libre de la acción reguladora que un centro de autoridad puede imprimirle, trae las lamentables deformaciones que dan pie á los partidarios de la polifurcación del castellano para hablar de los idiomas argentino, chileno, etc., como de cosas dis-

tintas; y eso que se quedan cortos, porque con poco más que se anduvieran podrían profetizar una nueva subdivisión para cada provincia ó región. Y esto es mucho conjeturar; porque si falta la fuerza centralizadora encargada de dar norma, no falta la literatura y otros elementos conservadores capaces de superar tales deficiencias, contribuyendo á la debida integración del idioma.

La intransigencia de los académicos, como lo hemos hecho notar en el proemio, hizo decir á don Ricardo Palma que «es el *Diccionario* un cordón sanitario entre Europa y América». El desaire sufrido por el festivo escritor peruano en 1892, con el rechazo de sus «americanismos», la mayoría de ellos muy cuidadosamente escogidos y muy dignos, sin duda, de ser dados de alta, justifica tal aserción, así como el acto de devolver el título de Académico correspondiente que de nada pudo servirle. Y he aquí como por propia culpa de la Academia quedó entronizado un separatista tanto más terrible por la merecida popularidad que gozan sus obras y por la afición al uso de «regionalismos» que es característica en este escritor.

Creo que no es otra la causa que movió al doctor Juan M^a. Gutiérrez á rechazar el título de Académico. Eso de que «no podemos aspirar á *fijar* su pureza y elegancia (del castellano) por las influencias que experimentamos de la Europã entera» (¿Acaso España no las recibe también?)... y de que «nos inhabilitan para intentar siquiera la inamovilidad de la lengua nacional en que se escriben sus (de la Argentina) numerosos periódicos, se dictan y se discuten sus leyes y es ve-

hículo para comunicarnos unos con otros los porteños»... (¿Quién puede pretender, sino es la Academia, «hacer de la lengua, como dijo el doctor Cané, un mar congelado?»...)» resultan incomprensibles motivos para revelarse contra la propia lengua en quien cultivaba con estricta corrección y mucha gala el castellano. Y conste que sólo á la actitud de este distinguido escritor se ha debido que fracasara la instalación de la Academia correspondiente que hubo de tener su asiento en Buenos Aires.

Aunque importe abrir un extenso paréntesis á este capítulo de nuestra investigación, sigamos examinando como se comporta la Real Academia con respecto al progreso del castellano.

«Limpia, fija y da esplendor», he aquí el lema de la docta Corporación. Que tenga la misión de limpiar ó pulir y de dar esplendor ¡muy bien! eso es poder selectivo que mucho le cuadra; pero la función de *fixar*, donde ha podido hacer hincapié el doctor Gutiérrez, no puede tener por significado la determinación precisa é inmovible de las palabras, giros y modismos que han de constituir el idioma, y de sus acepciones decisivas y excluyentes de toda otra que no esté consagrada por la autoridad de los clásicos, porque sería pretender un absurdo, un imposible, sería declararse abiertamente *ultra-conservadores* sin atención alguna para los elementos *revolucionarios* y á la par *integrantes* que pugnan constantemente tratando de ser admitidos en el caudal de la lengua. La corriente de un idioma, repetimos, no puede estancarse so pena de que entre á corromperse deveras; el medio de mantenerla fluida,

pura y cristalina, bella y esplendorosa, es, precisamente, dejándola correr. La evolución tiene leyes constantes é inmutables; podrán encauzarse en uno ú otro sentido, pero jamás será posible sustraerse á su imperio.

En el siglo XVII, Richelieu, al crear la Academia Francesa, le impuso la misión «de dictar reglas definitivas para la lengua nacional, purificándola y haciéndola elocuente y capaz de ocuparse de artes y ciencias» y los «inmortales», por mucho que se les impugne y se pretenda satirizarlos, no han permanecido refractarios á la evolución, desde que el idioma francés progresa evidentemente aun cuando sea con más medida que la anhelada por aventurados innovadores, verdaderos revolucionarios.

La Real Academia, hasta hoy demasiado atendida á sus clásicos, tendrá que abandonar su encastillamiento, sino quiere convertirse deveras en el «cordon sanitario» que vió el despecho de Palma. Quizás el hecho de predominar entre los señores académicos el elemento de edad madura sea causa primordial que hace tan conservadora á esta Corporación. Y la autoridad representativa de una lengua, para que desarrolle acción más eficiente, es indudable que ha de necesitar también elemento joven que lleve más savia de vida y espíritu más moderno.

Nos hemos referido hasta ahora principalmente al Léxico; pero donde la acción de la Academia se revela más conservadora es en la gramática, que tampoco puede constituir una *cristalización*.

Y esto no dejó de advertirlo el Congreso de 1892 cuando declara en su 18ª conclusión: «Es conveniente la publicación de una nueva gramática de la lengua castellana, fundada en los principios y leyes de la filología moderna, escrita con todo el detenimiento que su importancia exige, y en cuyo trabajo se tengan muy en cuenta las opiniones de insignes gramáticos españoles y americanos, antiguos y modernos, tales como Nebrija, Salvá, Bello y otros».

«Obedecen sin duda los signos del pensamiento, dice Bello (15), á ciertas leyes generales, que derivadas de aquellas á que está sujeto el pensamiento mismo, dominan á todas las lenguas y constituyen una gramática universal.» Esta es la ciencia gramatical que no puede variar; pero, desde que sus leyes y principios se aplican á determinado idioma dando reglas para su pronunciación y escritura, indicando los accidentes y propiedades de las partes de la oración y la manera de construir palabras, claro se está que tendrá que variar á medida que varíe el idioma mismo.

Nuestra gramática dista mucho de la que correspondía al latín y ha seguido variando aún después del siglo de Cervantes.

Hago exclusión de lo que se refiere á cambios de nomenclaturas y de clasificación y á diversidad de definiciones, que no pueden tener influencia sobre la cuestión lingüística que vengo estudiando.

En la *Analogía*, por ejemplo, se tiene que *ela* fué en

(15) Prólogo de la Gramática Castellana.

un principio el femenino singular del artículo determinante. La *a* de este artículo fué confundiéndose con la *a* inicial de las palabras comenzadas por esta misma letra, de donde se originó que se dijese *el alegría, el alma*, etc.; para las palabras de igual género comenzadas por otra letra se perdió, en cambio, la *e*. En tiempos de Cervantes ya había desaparecido la forma *ela* pero se llegaba á decir *el angustia, el alta casa*, etc. Siguió obrando la selección y la forma masculina *el* sólo subsistió en su natural concordancia con nombres masculinos, salvo cuando viene á estar inmediatamente antepuesto á nombres femeninos que comienzan con *a* acentuada, vaya ó no precedida de *h* muda, caso en que se violentan las reglas de la concordancia para evitar el hiato.

Vemos ya en este simple ejemplo que la *brevedad y la eufonía* son causas de selección, así como en las especies lo son *la belleza del plumaje y la melodía del canto*. Muy elocuentemente comprueba esto mismo el erudito hablante García Ayuso, cuando dice: «En virtud y por efecto de la tendencia general á simplificar el lenguaje, á transformar en analíticos los antiguos idiomas sintéticos, reorganizanse de tal manera las lenguas, que desde los elementos más simples del lenguaje articulado hasta las complicadas formas gramaticales, no hay un solo factor de ese maravilloso instrumento de la inteligencia humana que no haya sido sometido á esa elaboración, que ha modificado los sonidos, suavizando los que resultan ásperos ó demasiado enérgicos, suprimiendo los que se creen inútiles ó cambiándolos en otros que se juzgan más armoniosos».

En el uso de los pronombres enclíticos no guardaba el castellano antiguo consideración alguna al buen sonido y eran comunes, aún en escritores de nota, las construcciones más disonantes.

Vos, apócope de *vosotros*, como *nos* lo es de *nosotros*, ha venido á usarse, según dice Bello, con pluralidad ficticia, «representándose como multiplicado el individuo en señal de cortesía ó respeto; pero ahora no se usa este *vos* sinó cuando se habla á Dios ó á los Santos, ó en composiciones dramáticas, ó en ciertas piezas oficiales, donde lo pide la ley ó la costumbre».

Pero resulta que entre los sudamericanos ha descendido á la conversación familiar en reemplazo de *tú* y de *tí*, tan impropriamente, que no podrá dejar de ser una corrupción inaceptable desde que se le construye con verbos en singular faltando abiertamente á la concordancia sin motivo alguno que justifique tal trasgresión.

En la conjugación de los verbos vemos aparecer otras corruptelas en que han pretendido hacer pié los partidarios del desdoblamiento del castellano, las que *ni suavizan, ni abrevian* mayormente la expresión: son los cambios de terminaciones y de acento empleados en la conversación y que afectan principalmente á la segunda persona. No se trata en este caso de corrupciones traídas por el uso defectuoso, sino más bien de lo que llaman los evolucionistas *crystalizaciones*, curiosos estancamientos del proceso evolutivo: pues, tenemos que la omisión de la *d* final en el imperativo y de la *i* penúltima que es propia de las terminaciones del presente

y pretérito de los modos indicativo y subjuntivo, así como el cambio de acento y otras irregularidades, eran muy comunes en la misma España en tiempo de la conquista de América, como puede comprobarse en documentos históricos y en las obras de los escritores de aquella época, donde fácil será hallar los *mirá, querés, tené, pasá, poné*, etc., que deslustran hoy nuestra conversación; y que sólo por un caso de atavismo inexplicable podrían volver al lenguaje literario, porque es regla general que tanto las lenguas, como los vocablos y formas gramaticales que caen en desuso ó mueren jamás vuelven á levantarse.

Y no deben extrañarse estas trasgresiones gramaticales de nuestro lenguaje familiar, cuando aún hasta en el literario de España misma han llegado á cundir corrupciones lamentables; como, por ejemplo, la de atribuir á *sendos* y *sendas* (únicos adjetivos determinativos distributivos que poseemos, y que son verdaderas joyas dada la abreviación que aportan, tanto que su pérdida sólo podría salvarse mediante la perífrasis *uno á cada uno*) la acepción de *grandes, fuertes ó desconcomunales*, con olvido de la muy castiza que debe corresponderles.

La zarandeada *construcción* del gerundio, derivado verbal á quien se conceden significaciones de tiempo que no pueden corresponderle y á quien se hace aparecer como regido por el nombre cuando no existe tal forma de régimen; las *concordancias* del verbo con el término de su complemento, especialmente cuando se trata de oraciones de verbo impersonal, etc., son otras

tantas inobservancias de la gramática, hijas espurias de la ignorancia, muy difundidas en América que también han sentado plaza por la madre patria; de manera que mal podrán conspirar contra la unidad del idioma aun cuando puedan, andando el tiempo, infligirle modificaciones.

La evolución de la *ortografía* se va produciendo con admirable uniformidad; tal aplomo se explica por la misma índole del lenguaje escrito, por la fijeza de sus caracteres: todos los esfuerzos del eminente Bello y del genial Sarmiento por introducir una reforma revolucionaria, aunque muy atinada, no han alcanzado mayor repercusión y fracasan infaliblemente; con mucha más razón han llevado el mismo fin las archirevolucionarias modificaciones del chileno Cabezón (que para mayor simplicidad pudo apellidarse *Kbsón*) y las del señor E. de Santa Olalla que pretendió seguir tales huellas entre nosotros.

Esto viene á comprobar que no así como quiera se falsea la integridad del castellano.

En cambio vemos desaparecer paulatinamente letras que se van *atrofiando*, como la *n* del prefijo *trans*; la *b* de *obscuro*; la *p* de *pseudo* (como se perderá la de *psicología*, que si se conserva aún es sólo por respeto á la *psi* griega, equivalente á *ps*) y de *Septiembre*; la *h* de *alhelí* y la de *harmonía* que sólo va quedando para las acepciones más elevadas de esta palabra. Y alcanzamos á presenciar la *permutación* de la *f* inicial por *h*, que ha puesto curiosamente á prueba la tenacidad del *fierro*, etc.

La *pronunciación*, por su misma inestabilidad, está muy lejos de guardar la cordura que es característica de la ortografía. Todos nos escandalizamos del más insignificante error ortográfico; más ¿quién repara en los defectos de ortografía en que caemos á cada instante?

Hemos unificado la pronunciación de la *s*, *c* y *z*, dando á las tres el sonido de la primera; pero tal co-rruptela no es sólo de nosotros los americanos: á la *c* pocos la pronuncian distintamente de la *s* y de la *z*, aún entre los mejores hablitas de Madrid. Por poco que se esfuerce el contacto de la lengua con la parte anterior del paladar y con los dientes en los primeros aprendizajes de la lengua queda para siempre el *ceceo*, defecto que no obedece á deficiente conformación bucal, sinó á un mal hábito que se ha inveterado por la semejanza fisiológica de estas letras, y que es bien fácil de corregir.... aún entre andaluces. En latín tenía la *z* un sonido rechinante que la influencia del árabe tornó en ceceosa ó balbuciente, mudanza que como lo reconoce Monlau (Dic. Et., pág. 57) no cundió en Andalucía ni en la América española. La mayor dificultad que esto ocasiona redunda sobre la ortografía por la obligación de usar distintos caracteres para articulaciones tan fáciles de confundir entre sí en su pronunciación, aunque mayores las tienen las otras lenguas en que la fonética y la ortografía están distanciadas de veras. Otro tanto ocurre con *b* y *v*, *ll* é *y*; pero, toda evolución que pueda producirse en estos elementos no tendrá para que alterar la unidad del castellano; porque si tal no fuera, aquí no más, entre los argentinos, nos

traería una Babel; pues los sonidos, por ejemplo, de la *ll* é *y* que se confunden en todo el litoral tomando un sonido fuerte y arrastrado, semejante al de *ch* francesa; tienen, en cambio, por las provincias cuyanas y por el Norte el sonido cristalino de la *i* latina, reforzada con la consabida tonadilla.

Y si á la pronunciación fuéramos á atenernos ¿Quién pronuncia bien y distintamente las *s* de los plurales, y las *d* de los participios terminados en *ado*? Y esto no es sólo de América: «El decir *llegao, andao*, etc. es hoy lo corriente y usual en España; al que hablando en conversación familiar dice *llegado* y *andado* se le tilda de presuntuoso y redicho, y en algunos sitios se le supone *indiano*» (17).

De todo lo dicho viene á inferirse que el *purismo* exagerado no tiene razón de existir.

Desde que el idioma se comporta como los organismos; desde que sus palabras nacen, crecen, mueren y se transforman continuamente; desde que su misma gramática se ve obligada á un constante movimiento; desde que es imposible establecer un límite fijo entre aquello que es producto legítimo capaz de dar mayor vida al habla y aquello que en apariencia sólo puede propender á su desquicio. ¿Es acaso posible la cristalización de una lengua siquiera por un instante? Si en el mismo Madrid, el corazón, diremos, llamado á regular el gran movimiento circulatorio de la lengua, las variaciones se producen infaliblemente. ¿Qué mucho puede

(17) Carta de Unamuno sobre «el criollismo».

extrañarse que en todos los pueblos del habla castellana esos cambios se sucedan y aún con mayor frecuencia é intensidad?

¿Se podrá tomar como base de perfectibilidad las decisiones de la Academia? En el supuesto de que tal perfectibilidad fuese posible, para poder legislar sobre ella sería necesario que sus léxicos y gramáticos se sucedieran sin mayores soluciones de continuidad ó por lo menos, que los años que median entre una edición y otra se llenaran con boletines, que se publicasen las modificaciones dignas de ser tenidas en cuenta cada día. Y esto contando con que la Real Academia, en el perfecto desempeño de su misión, permaciese constantemente al habla con sus correspondientes de todos los países que hablan castellano.

El mismo progreso portentoso de las ciencias y artes, que anula distancias, que abrevia procedimientos, que llega á salvar milagrosamente dificultades que antes parecían insuperables, no basta en este caso para obviar las muchas que se ofrecen. Si se tratara de una ciencia exacta, donde todo está regido por principios axiomáticos, menos mal; pero, el idioma es un dinamismo obligado á variar constantemente, porque varía el vocabulario y varía la gramática sin más base que el idioma mismo.

Muy en lo cierto está el erudito mejicano García Icazbalceta cuando dice: «¿Por qué hemos de calificar rotundamente de disparate cuanto se usa en América, sólo porque no lo hallamos en el *Diccionario*? Esos mal llamados disparates ¿No son á menudo útiles, expresivos y aún necesarios? No suelen ser más conformes

á la etimología, á la recta derivación ó á la índole de la lengua? Deséchese enhorabuena, con ilustrado criterio, lo supérfluo, lo absurdo, lo contrario á las reglas filológicas; pero no lo llevemos todo abarrisco, por un ciego purismo, ni privemos á la lengua de sus medios naturales de enriquecerse». Y la necesidad de este enriquecimiento está reclamando mayor amplitud de miras en los señores Académicos de número. Los *americanismos* que han conseguido ser incorporados al *Léxico*, parece que hubieran recibido tal distinción como de favor: sólo así puede explicarse el reducido estudio que habrán merecido, cuando se da, por ejemplo, á *chicha* (la bebida) una acepción que podrá estar muy acorde con la que corresponde en Méjico, pero muy distante de la que merece en Sud-América, y lo mismo ocurre con otras palabras; esto sin contar las muchas que se excluyen indebidamente (en gran parte incluidas por Salvá en su Diccionario) cuando no se han tenido reparos en aceptar algunas que, como la *pulpería* de Sud-América y la *pulquería* del Norte, no gozan de uso tan culto como tantas otras voces desechadas. Se acepta la voz *paisano* en la acepción sinónima á *campesino*, como *provincialismo* exclusivo de Asturias, sin tener en cuenta que por acá la usamos en el mismo significado, tanto ó más que en Asturias; y no es propio que habiéndose incluido *regionalismos* españoles, algunos de ellos desconocidos en Madrid, se desechen los neologismos que llegan á cundir por la mayor parte de América. Y lo mismo que pasa con las palabras ocurre con las frases y modismos.

Obrar en esta forma es poner trabas al desarrollo de la lengua y conspirar abiertamente contra su unidad. ¿Puede acaso nuestra madre patria alegar preponderancia? Los antecedentes históricos son hechos pasados que no pueden en los momentos actuales sentar prioridad. Estamos colocados en el mismo nivel intelectual y si debemos reconocer superioridad científica capaz de influir sobre la lengua en alguna otra nación, no será esta España. Además, el castellano corresponde aquí á doble número de habitantes, circunstancia que da mayor probabilidad de duración á la lengua, á condición, naturalmente, de que no se nos considere como simples tributarios á quienes «urbi et orbi» pueda imponerse la manera de hablar. Agréguese á estas consideraciones el hecho de que cuenta América con eruditos gramáticos y filólogos, insignes literatos que no desmerecen de los que España puede contar. Los españoles podrán ser los padres de la lengua, pero no los *amos* como proclamó enfáticamente Clarín.

Unamuno, una de las inteligencias más selectas que cuenta hoy España, refiriéndose á este mismo asunto, dice, en la carta ya citada: «La cuestión (la unidad de la lengua) hay que ponerla, á mi juicio, en otro terreno, y es que los argentinos y todos los demás pueblos de habla castellana reivindiquen su derecho á influir en el progreso de la común lengua española tanto como los castellanos mismos, que no reconozcan en estos patronato alguno sobre la lengua común, como si se les debiera por fuero de heredad, que afirmen.

su manera de entender y sentir el idioma de Cervantes».

Muy de lamentar es que los pueblos americanos lleven también su gran parte de culpa, especialmente los que rechazaron la instalación de academias correspondientes, entre ellos la Argentina; y es de esperar que no tardará en producirse la saludable reacción; para ello disponemos de notables literatos y hombres de estudio que pueden constituirla dignamente. Sólo se necesita menos desidia, más buena voluntad y desvanecer el error de aquellos que están á la espera del flamante idioma argentino.

Estados Unidos de Norte América, dado su vertiginoso progreso que se anticipa al curso de los siglos, desde el momento que es un pueblo que tiene ya carácter propio y bien definido, podría ofrecernos hoy el ejemplo de un lenguaje híbrido, resultante del desdoblamiento del inglés en dialectos, si tal fuera la tendencia obligada de las lenguas que hablan los países americanos. Allí han obrado causas de selección análogas á las que actúan en los demás estados de América y aún en mayor escala, y con acción más poderosa principalmente en cuanto se refiere á *las relaciones de los pueblos entre si y á los progresos de las ciencias, artes, industrias y comercio*; se ha llegado á conseguir la adaptación de la raza aborígen al medio civilizador; el elemento africano ha sido enorme, especialmente en el Sur; por el Oeste se ven invadidos por la raza amarilla, desconocida entre nosotros; y la inmigración europea es y ha sido más poderosa (llegan á superar al

propio idioma nacional, el francés por el Sud y el castellano al Oeste); y si bien es forzoso reconocer que allí se han opuesto mayores resistencias para el fusio-
namiento étnico con las razas tenidas por inferiores, negra ó amarilla principalmente, ello no ha obstado para que la acción concomitante de las diversas lenguas haya podido realizarse; pues las relaciones ó contactos entre la raza conquistadora y los indígenas subyugados, entre los amos y los criados, como entre todos los hombres, han tenido que producirse forzosamente, en la constante lucha por la existencia que asegura en todo momento el predominio de la raza más fuerte y civilizada. Con todo esto, estudiando las diferencias que puedan existir entre la lengua oficial y la literaria de Estados Unidos y la de Inglaterra, se verá que son relativamente insignificantes, mucho menores que las que puedan anotarse entre el castellano de España y el de cualquiera de sus hijas americanas. Y sin embargo ningún idioma evoluciona con tanta rapidez como la lengua inglesa: al calor de los negocios, procurándose siempre la mayor inteligencia entre las personas, compatible con el menor espacio de tiempo, se abrevia en la conversación con la misma libertad que empleamos en ocasiones para la escritura, se llega al caso de afé-
resis y apócopes que dejan apenas las radicales, las palabras en esqueleto y llegan á usarse construcciones muy dignas de Laconia; y las reformas consiguientes trascienden rápidamente á la lengua culta y literaria; que en vez de degradarse con esto, progresa más y más sin perder su integridad. Y hay que notar que en Estados-

Unidos, como en Inglaterra, y como en Australia y demás posesiones no existe academia alguna encargada de «pulir, fijar y dar esplendor». Cada inglés es su propia Academia y cada cual, en tratándose de la lengua, es «más *papista* que el Papa»; sin embargo de esto, predomina el espíritu *conservador* y en el mismo idioma escribe el Presidente Roosevelt, que los ingleses Watson y Meredith, que el indiano Rudyard Kipling y que el australiano Shaw; sin que tampoco puedan anotarse mayores diferencias entre las hablas populares de las muy distintas y vastas regiones hasta donde alcanza hoy la lengua inglesa.

IV

Las más poderosas causas de selección que obran sobre las lenguas son de orden político ó literario.

Hemos visto que Iberia, subyugada por los romanos, perdió sus idiomas primitivos concediendo paso triunfal al habla más adelantada de sus conquistadores, y que á su vez la invasión de los bárbaros (siglo V) no pudiendo imponer su lengua por la resistencia que ofrecía la superioridad de la latina, obligó el cruzamiento de ambas dando origen á una nueva manera de expresarse, así como también el cruzamiento de las dos razas produjo otra raza con todas las «diferenciaciones» compatibles con las leyes de herencia. Hemos visto también que la ocupación morisca obró sobre el romance con acción muy superficial, á pesar de su actuación de más de siete siglos, por el hecho de que aportaba una lengua que, aunque no tan perfecta como la latina, era, sin embargo, bastante adelantada; y que á su vez no pudo eximirse de la acción recíproca desde que muchos vocablos y giros del español han llegado

hasta el centro del imperio musulmano. También tenemos que Julio César se apoderó de Grecia; pero en vez de imponer allí el latín como en las Galias y en la Iberia, los romanos fueron, como lo dice Horacio, subyugados por la lengua de los vencidos.

A los conquistadores de América les fué fácil imponer su lengua con detrimento de las que hablaban los aborígenes, á pesar de la poderosa hibridización operada en estas razas.

Y es que á la par de la influencia selectiva que impone la conquista con todos los hechos políticos que de ella se derivan, obra otra causa de selección poderosísima, incontrarrestable cuando opera dentro de un mismo país: *el genio literario*.

En las diversas etapas evolutivas del romance es el genio literario el que va imponiendo gradualmente la selección: en el siglo XII la «Gesta del mio Cid», los poemas de Gonzalo de Berceo, las obras de Alfonso X, el Sabio, son las primicias literarias que comienzan á dar el carácter de dialecto culto al bárbaro romance; ya en el siglo XV los cantares de Pedro López de Ayala y de Juan de Mena señalan el paso triunfal que convierte el dialecto en lengua; pero, es en el siglo XVI, gracias principalmente al genio portentoso del eximio Cervantes, cuando se ve brillar con todo su esplendoroso poder á la flamante lengua de Castilla.

Es muy de admirar la influencia de los escritores de este siglo de oro. A ellos se debe por otra parte, que el castellano se latinizara mucho más de lo que estaba, produciéndose un verdadero expurgo de voces árabes

inútiles ó espurias. Compárese el «Diccionario de Autoridades» formado en 1726 sobre las obras de los escritores clásicos, con producciones de las épocas que anteceden y se tendrá plena evidencia al respecto.

La historia nos viene á comprobar que las lenguas son el resultado de selecciones operadas sobre los dialectos que son la forma más natural del lenguaje. La lengua viene á ser la forma literaria, forma artificial si se quiere, y ningún poder selectivo es de acción más poderosa, así para mantener su pureza y esplendor como para conservar su integridad, aún á despecho de todos los factores que puedan tender á su desquicio, que el genio literario. Y esta lucha que hemos examinado someramente en la época gestatoria que ha precedido cronológicamente á la formación del castellano, es lucha de todos los días: se ve reproducido en este hecho el proceso que observamos en la especie donde la evolución «ontogénica» reproduce en todas sus fases la evolución «filogénica». «En todas partes el lenguaje familiar tiende á la diversidad, al uso de palabras y modismos peculiares de cada lugar, aún dentro de un mismo idioma; pero á medida que se eleva á esferas intelectuales y á *usos literarios*, recobra su unidad fecunda y bienhechora»; (17) así también en el individuo podemos ver reproducidas todas estas fases del idioma abarcando sus distintas edades.

Afortunadamente para la integridad de nuestra ha-

(17) «La Raza en el Arte». Conferencia del Dr. Calixto Oyuela, leída en el Ateneo de Buenos Aires, el 15 de Agosto de 1894.

bla culta el genio literario de América no se ha desviado hasta ahora del verdadero castellano y se produce el caso original de que los mismos que han proclamado el advenimiento de nuevas lenguas en los países americanos son correctos cultores del castellano (J. M. Gutiérrez, Rafael Obligado, Pellegrini y otros) que poco darían que hacer al más exigente de los puristas. En la Argentina, p. e., en la pléyade de literatos que ha brillado desde nuestra emancipación hasta hoy se cuentan muchos tan correctos y atildados en el uso de la lengua, que España no podría desdeñarse de equipararlos á sus mejores escritores de estos tiempos; y si nos extendemos en idéntica consideración á todos los pueblos americanos de origen español llegando hasta Cuba, veremos aumentar providencialmente el número de ejemplos dignos de ser tenidos en cuenta.

La publicación de la «Antología Americana» fué una feliz iniciativa de la Real Academia, llamada á estrechar los vínculos que deben existir entre España y estos países: «El Problema de la Lengua» del Dr. Quesada, explica las causas que motivaron el fracaso de tal obra malogrando las saludables influencias que estaba llamada á ejercer; y trae, por otra parte, el triste convencimiento de la escasa atención que merece á la Academia cuanto se refiere á América; y sin embargo ¡sensible es confesarlo! los alemanes han hecho del «americanismo» objeto de profundos é interesantes estudios.

La influencia ejercida por la literatura americana sobre el castellano ha sido más bien benéfica, sin dis-

cordancias que merezcan mencionarse; y eso que basta la acción de un sólo hombre para traer perturbaciones ó cambios más ó menos serios en un idioma, á veces una sola obra. Como afirma Ferrière, la sola versión de la Biblia, por Lutero, al dialecto sajón dió superioridad á éste sobre los otros dialectos rivales de Alemania; es bien sabido que el Dante ha consagrado el toscano y le ha dado la victoria sobre todos sus competidores con su gran poema épico, la *Divina Comedia*; la voz *snob*, tan de moda en la actualidad entre nosotros con su derivado *snobismo*, se debe á la espiritual y ocurente obra «The Book of Snobs» del novelista inglés Thackeray; ¿se quiere mayor popularidad que la concedida por el drama de Laferrère á los «italianismos» *jettatore*, *jeta* y *jettatura*?; hasta el solo afán por exaltarse á genio literario, aunque fuera emplumándose como el Grajo de la fábula, bastó para traernos el término *branderismo*, comunmente de uso muy oportuno; y volviendo á algo más serio ¿quién olvida la influencia de Góngora, tanto sobre la literatura de su época como sobre la lengua misma?

Volvamos á los hechos políticos.

Bien podemos desestimar la influencia que podría traer al idioma de los países americanos el caer en manos de un poder extranjero con distinta raza y lengua diferente; pueblos jóvenes llenos de vigor natural, con aptitudes admirables para triunfar, que sólo esperan impulso y direcciones para lanzarse con mayor decisión por la vía del progreso, mal pueden abrigar augurios pesimistas, síntomas de decadencia ó el temor de ser

derrotados por otros más fuertes en la eterna lucha por la existencia.

La reciente guerra ruso-japonesa ha vuelto á poner sobre el tapete la célebre profecía del «peligro amarillo» que se creyó otrora una utopía; pero muy sin cuidado nos tiene á nosotros.

Otro «peligro» es el que trae recelosos á los países latinos de América; y no falta quienes crean llegada la hora fatídica de entonar el canto del cisne.

Me bastará una trascripción para demostrar que no exagero. «El Grito del Pueblo», periódico importante de Honduras, trae en un artículo, titulado «Por la vida y el honor», los siguientes párrafos que han sido reproducidos por «La Nación» de Buenos Aires: «Despreciados por las grandes potencias, hemos vivido noventa años adormecidos por la ilusión de que éramos libres: ahora, cuando más débiles estamos, queremos probarnos á nosotros mismos que somos fuertes, y como el tísico en los momentos de morir, forjamos planes para un futuro que se encuentra oculto en el seno de la muerte. Todavía, con un poco de buen sentido, podríamos prolongar nuestra agonía, como lo han hecho Chile, la Argentina, Méjico y el Brasil; pero, precisamente lo que nos falta es ese buen sentido. No lo negará, no, el que oiga á esos cuervos fatídicos del exterminio y de la desunión, que anhelan la matanza, para medrar en medio del horror de la lucha de Caín y de Abel: no lo negará quien nos vea exangües, empobrecidos, sin poder pagar la lista civil de nuestros empleados, sometiéndolo á consejos de guerra diariamente á solda-

dos y oficiales de nuestro ejército y oiga los gritos con que excitamos al pueblo á la venganza y á la guerra.»

Estas apreciaciones demasiado pesimistas merecieron los siguientes párrafos en la brillante réplica publicada por D. Carlos Selva: «Méjico comprendió el mal camino que llevaba, dejó también el sport de las guerras y los «bochinches», vive en paz con todo el mundo, se ha consagrado al trabajo y él le regenera y engrandece. Chile y la Argentina tuvieron el buen sentido de arreglar pacíficamente sus diferencias, calmaron el ardor bélico de los cuervos de que habla «El Grito del Pueblo», comprendieron el abismo á que se lanzaban, invocando un falso patriotismo que los llevaba á la ruina por vanidad y el deseo loco de ensanchar su territorio á costa de un vecino; se han dado un abrazo fraternal, y, exentos ya de temores, dejan á un lado las armas fratricidas y sólo piensan en su engrandecimiento por medio del trabajo y del buen gobierno.... El Perú quedó postrado desde la guerra del Pacífico; despojado de sus principales fuentes de riqueza, procura indemnizarse cultivando sus campos, explotando sus minas y creando industrias; trata de regenerarse por medio del trabajo, la moralidad política y una buena administración pública. Su progreso tiene que ser muy lento, porque los hábitos de molicie, lujo y gran vida, engendrados por sus fabulosas riquezas naturales, no se abandonan en un momento,»

La acción absorbente que desarrollan los Estados Unidos devorándose á Puerto Rico y á Filipinas, acaparándose el comercio de Cuba, desmembrando á Co-

lombia, haciéndose dueños del canal de Panamá, incautándose las aduanas de Santo Domingo, adjudicándose la denominación de *americanos* como si ellos fueran los únicos estados de América, (18) aún cuando no importe la pretensión de ver reproducido en el Nuevo Mundo el soñado imperialismo de Julio César y Napoleón, obliga sin embargo á las naciones latino-americanas á colocarse en guardia. ¿Convirtiéndose acaso en nuevas Espartas? No, no son soldados para la guerra los que hacen falta, son soldados de la idea, de la industria, del comercio, que adelanten las ciencias, las artes, que mejoren las instituciones sociales: una era de paz y progreso es una gran victoria. Matarse entre sí en luchas fratricidas, criminales, por el afán individual ó partidista de escalar puestos públicos, más para medrar en ellos que en procura del bien colectivo, es retrogradar, es debilitarse, es ponerse en condiciones de caer avasallados bajo el impulso pletórico de otros pueblos más fuertes, de otros pueblos que mejoran constantemente.

Y lo peor del caso es que, como lo dice el ilustre filólogo y gramático bogotano Cuervo en el prólogo de sus *Apuntaciones*: «Cuando sonó la hora de la emancipación política todos nos mirábamos como hermanos, y nada nos era indiferente de cuanto tocaba á las nuevas naciones; fueron pasando los años, el interés fué

(18) El secretario de R. E. norte americano, Sr. Day, ordenó el año pasado á los representantes de su nación en el extranjero que sustituyan, en las puertas de sus edificios y en los impresos que emplean, las palabras «Embajada Americana» ó «Consulado Americano» á los usados anteriormente «Embajada ó Consulado de Estados Unidos».

refriándose, y hoy con frecuencia no sabemos en un país quien gobierna en los demás, siendo mucho que conozcamos los escritores más insignes que los honran.» No entraré á definir si hay algo de exageración en esta manera de pensar; pero la verdad es que hoy la causa común y la necesidad de progresar, hacen que ese amortiguado interés reaccione y se retemple: hay que mancomunar fuerzas. Se ha hablado de la existencia de un tratado secreto de unión y defensa entre nuestra República, Chile y Brasil; el 20 de Agosto de 1904 se firmó un pacto en pro de la paz entre las repúblicas de Centro América; y por iniciativa del General Castro, presidente de Venezuela, apoyada por el gobierno de Colombia se ha promovido ya la idea de convocar un congreso latino-americano (llamado quizás á reunirse en Buenos Aires) á fin de echar las bases de un convenio comercial y seguramente político también, congreso que en caso de realizarse, dadas las circunstancias actuales, tendrá mayor influencia sobre el porvenir de estas naciones que el celebrado hace dos años en Méjico. Es mucho egoísmo eso de cruzarse de brazos y convertirse en meros espectadores, cuando un pueblo, prevalido de su fuerza, se devora á otro sin justificación alguna, repitiendo la hazaña del lobo de la fábula. El desenfado del zarandeado asunto del Acre, tanto más feliz si se tiene en cuenta su causa inicial, prueba y revela unidad de miras. Y aun cuando el entente que pueda existir entre las naciones del Sud y Centro América por una parte y la infranqueable muralla que Méjico ofrece hoy por el Norte, gracias al portentoso progreso que se viene

operando desde que, con el presidente Diaz, parece que ha podido implantarse allí el suspirado gobierno de Platón, habrán de bastar para detener al coloso «yankee»; necesitamos, no obstante, que se consolide mayormente la unión de las repúblicas latinas de América; y el gran lazo que ha de estrechar esta unión ¿no es acaso la identidad de raza y de idioma?

La raza latina, preponderante en cuanto se refiere á las ciencias, á las bellas artes, á la vida del ideal, necesita infiltrarse del *sentido práctico* que indica el prodigioso desarrollo de la raza anglo-sajona. No es que necesitemos una regeneración; ni la admitiría la tradicional altivez de la sangre española que bulle en nuestras venas; y ni hay tampoco signo alguno que pueda marcar decadencia: adelantamos, y para que nuestra evolución por la vía del progreso sea más rápida necesitamos adaptarnos á las enseñanzas que el prodigioso desenvolvimiento de los Estados Unidos puede ofrecernos; tendremos con ello la ventaja de apropiarnos las excelencias desechando los defectos; porque, como en todos los pueblos y razas, á la par de las más hermosas cualidades tienen también grandes deficiencias. Y bien, para que tal selección pueda operarse sin arrastrarnos á un hibridismo peligroso que desvirtúe nuestro carácter, nos conviene mantener el vínculo de la lengua que al sustentar la unidad de la raza contribuye á salvar sus bondades,

He aquí como una necesidad de política internacional y de progreso á la vez viene á propender en pro de la integridad del idioma: es muy claro que si un ar-

gentino no ha de entenderse con un mejicano fácil será que se haya perdido buena parte del espíritu de solidaridad y que se malogre ese gran abrazo que ha de unir fraternalmente á todos los pueblos del mundo de Colón que tienen el mismo origen é identidad de aspiraciones.

La acción política y la literatura deben aunarse para que su acción resulte más eficiente. «Si las bellas letras, dice Ferrière, sólo tuviesen la influencia debida á su encanto ó utilidad, lentamente se extendería su imperio y quizás no pasaría de un limitado círculo. ¡Pequeño es el número de las personas instruídas en comparación con la gran masa de los ignorantes! Pero si un gobierno centralizador impone á los ciudadanos la obligación de aprender la lengua consagrada por el génio, la selección obra entonces con fuerza incomparable. Ningún dialecto, aun el confinado en la más oscura aldea, escapará á la destrucción. Todos perecerán como han perecido tantas especies animales. Felices todavía si, nuevos fósiles, dejan á la posteridad señales de su existencia.»

En la mayor parte de los países americanos, necesario es confesarlo, muy poco han puesto los gobiernos de su parte. Sería imposible pedir mayor despreocupación.

En nuestra República existen escuelas en donde toda la enseñanza se dicta en idioma extranjero, donde concurren hijos de este suelo ¡argentinos! y no se oye una sola palabra del idioma nacional, ni se vé una lámina que pueda llevar al espíritu la evocación de la Patria.

Tendiendo á evitar la influencia perniciosa que para el lenguaje y para el sentimiento patriótico trae aparejado semejante estado de cosas, se presentó al Congreso, en Setiembre de 1896, un proyecto de ley que hiciera obligatorio el uso del idioma nacional para dictar la enseñanza en todas las escuelas de la República. Defendido brillantemente por su autor el doctor Indalecio Gómez y aprobado por la Comisión de Instrucción Pública de la Cámara de Diputados, fué lástima que no obtuviera la mayoría de votos requerido á pesar de las elocuentes palabras que resonaron en su favor.

Y es probable que otros países de la América española, llevados por el afán de ser tolerantes, admitan también situaciones idénticas que tienden á enturbiar más el caudal del habla popular, ya que su trascendencia al idioma culto y literario no resultan mayormente peligrosas.

Una de las causas que originan mayores corrupciones á la lengua está también en las escuelas y colegios: es el desvío por los estudios gramaticales. Se les cree inútiles y este falso concepto se debe á la forma generalmente defectuosa en que se ha venido enseñando y se enseña, todo el mal está en su metodología: la gramática, bien enseñada, á parte de su poder educativo por la influencia saludable que ejerce propendiendo al mejor desenvolvimiento de las facultades mentales, desde que acostumbra á ordenar el razonamiento y tiende á formar el criterio, tiene la influencia más inmediata é innegable de enseñar á hablar y á escribir con la mayor corrección y propiedad.

Llevados por el afán de imponer su lengua en Alsacia y Lorena, los alemanes decretaron el uso exclusivo del alemán en las escuelas (como una concesión permitiéndose una hora al francés) so pena de expulsión. Inglaterra pretendió hacer otro tanto en Malta para implantar su idioma; pero tuvo que dejar sin efecto tal imposición ante la protesta de los habitantes empeñados en no abandonar el italiano. ¿Y no es en la Gran Bretaña donde se ha llegado á constituir asociaciones que buscan corroborar en la acción conquistadora de este país, difundiendo la enseñanza de su lengua como medio excelente de consolidar los triunfos de cada día?

Mientras tanto, nuestros gobiernos libran al azar cuanto se refiere á la lengua. Así como subvencionan las academias de pintura, escultura, música, etc., propendiendo al florecimiento de las bellas artes, debieran los gobiernos todos de América favorecer la instalación de sociedades y academias literarias, la celebración de juegos florales y de congresos sobre letras. Aquí en Buenos Aires, por ejemplo, mientras el Ateneo y la Academia Literaria del Plata, duermen sobre los laureles otrora cosechados, celebra semanalmente la colonia inglesa, á pesar de ser bien reducida, interesantes sesiones literarias patrocinadas por la «The English Literary Society» y por la «St Andrews Debating Society». Y esto no ocurre sólo en la Argentina, salvo contadas excepciones, es caso patológico en toda América que reclama una verdadera reacción.

La prensa periódica, como el libro en general, factores que debieran ser siempre elementos de cultura.

intelectual, verdaderas cátedras para el mejoramiento del idioma, olvidan muy á menudo la noble misión que están llamados á desempeñar y contribuyen á hacer más corruptas las hablas populares. *La Prensa* y *La Nación*, colosos de nuestro periodismo, dan el mejor ejemplo y la gran mayoría de las publicaciones que pueden contarse en la misma Capital y fuera de ella, prestan su buen contingente; pero ¡Dios nos libre de esos pasquines de campaña que en su afán de zaherir emborronan sus columnas con el lenguaje más bajo y soez que pueda darse! Y aún hay periódicos de mucho renombre y de gran circulación que no tienen á menos, llevados por su afán especulativo, el llenar páginas con germanías que resultarán muy risueñas, pero muy perniciosas para el progreso de la lengua.

Esto no puede importar por manera alguna, un peligro para la unidad del castellano, por mucho que pueda ello entorpecer su verdadero crecimiento.

El periódico y el libro revuelan de un país á otro y con mayor profusión entre aquellos que tienen una misma habla, llevados en venta ó por canje; la mayor circulación viene á corresponder naturalmente á aquellos que están llamados á ejercer influencia más benéfica sobre la lengua, y aunque circulan también algunos que van plagados de barbarismo no por eso dejarán de cumplir su función integradora: he aquí como la imprenta viene á actuar poderosamente en pro de la unidad de lengua sirviendo de fácil vehículo para que refluyan los regionalismos de uno á otro país.

Todos los que escriben ó hablan para el público en

los países hispano-americanos, si pretenden ser correctos, están obligados á propender siempre á la conservación integral de la *lengua castellana*, que es el idioma *nacional ó patrio* único y exclusivo que puede reconocerse. Sólo un falso criterio, un patriotismo equivocado puede pretender alguna incompatibilidad entre estas denominaciones; las ideas de *nacionalidad* y de *patria* están lejos de suponer una lengua especial, diferente de la de otros países; suponen, sí, una lengua propia, adoptada oficialmente y que ha recibido la consagración del uso.

Y la lengua que cumple estas condiciones en los estados de la América española, es y será el castellano; es la lengua que hablaron los padres de la patria al proclamar la independencia; es la lengua en que se cantaron los triunfos de nuestros próceres, en que se ha escrito la historia y cuya es la letra de los himnos patrios; es la lengua que ha resonado y resuena en nuestros congresos, y en ella están escritas las leyes sagradas que gobernantes y gobernados están en el deber de respetar. «Nada, en nuestro sentir, simboliza tan cumplidamente á la Patria, ha dicho el bogotano Cuervo, como la lengua»; así es, y debiera mantenerse incólume, como incólume se mantiene la bandera.

V

Al señalar en los capítulos anteriores, mediante la observación de los hechos actuales y de los precedentes que sienta la historia, las causas de selección que obran sobre el castellano y sus consiguientes efectos, creemos haber demostrado, aun para los que pretendan negar su valor científico al evolucionismo, que nuestra lengua no dá muestras de decadencia; y que, muy léjos de tender al desdoblamiento en dialectos ó nuevas lenguas que algunos han augurado, se revela, por el contrario, potente y esplendorosa, dispuesta á sobrevivir á pesar de las trabas que pretendan detener su natural crecimiento. Vamos, sin embargo, á agregar nuevas consideraciones, que corroborando las ya citadas, nos llevarán á consecuencias equivalentes.

En un orden de ideas más sintético, tenemos que la *ley del progreso* que ha podido deducir Spencer mediante la observación del paso constante de lo *homogéneo* á lo *heterogéneo* en el proceso evolutivo de toda la creación (naturaleza, mundo orgánico, sociedad, lenguaje), aplicada á la resolución del problema lingüístico que tratamos de resolver, nos lleva á la evidencia de que el castellano ha de progresar admitiendo en su obligado crecimiento las reformas que la evolución le impone. Mantendrán su integridad las mismas causas

que propenden á su selección (relaciones de los pueblos entre sí; progresos de las ciencias, artes, industrias y comercio; hechos políticos y literarios), las que contrapeándose unas con otras hacen refluir sobre todos los pueblos que hablan la lengua, los cambios que se producen en cada uno de ellos.

Sólo en el caso de que el castellano no pudiera adaptarse á las distintas modalidades, variaciones y progresos que se operan en los pueblos que lo hablan, sería llegado el instante desgraciado de que se desbordara como el río que no encuentra cauce suficiente para continuar su curso; y tal irrupción traería una época en que primarían por América nuevos romances, dialectos bárbaros que mal podrían avenirse con nuestro estado de intelectualidad.

—«Una idea superficial y errónea con respecto á la naturaleza de las lenguas, y á su aptitud para modificarse, admitir colorido diverso y seguir el curso progresivo de una civilización sin perder su constitución esencial ni su carácter, lleva á muchos á menospreciar la lengua tradicional, á fantasear su muerte, á predecir sin descanso cambios de idiomas, como si se tratase de trocar un vestido usado por otro nuevo». Estas palabras pronunciadas por el doctor Calixto Oyuela en el eruditísimo torneo literario celebrado en el Ateneo de Buenos Aires en los últimos días de Junio de 1894, recibieron la confirmación de su mismo replicante, el inspirado vate Rafael Obligado, quien dijo: «La lengua castellana, por lo mismo que es amplia y copiosa, es de una ductilidad admirable. Hija primogénita de la

latina, posee como esta la cualidad de hacerse amar del extranjero y de encontrarse á sus anchas en el seno de todos los pueblos. Es, diré así, una lengua conquistadora. El genio de ningún país es contrario á su índole, porque todo espíritu se embebe en ella, porque para todos tiene un movimiento, un ritmo, una coloración nueva».

El castellano viene á reunir tales condiciones de fluidez, belleza, nitidez, precisión y claridad que resulta superior á cualquiera de los otros idiomas actuales y muy dignos de llegar á compartir con el mejor de los mejores el predominio universal (20).

Es ley general en todas las instituciones y en todas las cosas, que cuando no se adaptan al medio en que actúan, es porque no pueden desenvolver la acción que parecían estar llamadas á desempeñar y tienen que desquiciarse para conseguir su adaptación mediante nueva forma, y bien visto está que el castellano anda muy lejos de tal situación.

Profetizar su desmembramiento es profetizar su muerte pues, el día que dejara de hablarse en América, desaparecería también de España.

«La suerte de las lenguas, dice Ferrière, está unida á la suerte de los pueblos, sus probabilidades de du-

(20) Spencer llega á decir, al hablar del progreso en el lenguaje («Creación y Evolución»), que el inglés, en virtud de haber llevado la subdivisión de funciones que esteriorizan los cambios más delicados del pensamientos á un alto grado de extensión y determinación, resulta *superior* á todos los demás idiomas. Fácil sería demostrar que no aventaja al castellano. Sólo su calidad de inglés y algún dejo del «chauvinismo» que ni á los sabios perdona, ha podido llevar al eximio filósofo á tan parcial aseveración.

ración son proporcionales al número de hombres que las hablan, del mismo modo que una especie resiste mejor á la concurrencia vital si cuenta gran número de individuos». Y, según el decir del doctor Oyuela, tenemos que «mal pecado fuera la sola tentativa de quebrantar esa unidad soberana de nuestra lengua, vínculo preciosísimo de *ochenta millones* de hombres, y que según confiesa Reclús, comparte solamente con el inglés la seguridad de un amplio destino en las más ricas y dilatadas regiones del mundo».

Exagera en algo el número el distinguido poeta, pues nuestro aumento progresivo no ha alcanzado aún esa cifra; pero sí, hay que reconocer que después del inglés es el idioma que abarca mayor extensión territorial, circunstancia que asegura á nuestra lengua el triunfo augurado por el excelso geógrafo.

Unamuno, uno de los espíritus más selectos que cuenta hoy España, sorprendido por los ecos de los que basados en una lógica ligera que está muy distante de fundarse en la observación de hechos reales y positivos, auguran el advenimiento de nuevas lenguas en estos países, sorprendido ante todo desde el momento que su clarovidente talento le revela la inconveniencia, la imposibilidad de tal resultado, ha llegado á decir, en carta dirigida al doctor Casabal, á propósito de asuntos que rozan la misma cuestión que venimos estudiando, las siguientes palabras: «Indudable es que la lengua española como toda lengua y todo lo vivo, está sujeta á proceso evolutivo, pero no debe olvidarse que la evolución abarca á los procesos mismos evolutivos.

Quiero decir con esto que si bien es indudable que las cosas cambian según ley, la ley según la cual cambian las cosas está á su vez sujeta á cambio y que así como hay ley del cambio hay cambio de la ley del cambio. Lo cual equivale á sostener que de la manera como se ha cumplido hasta aquí el proceso lingüístico no puede concluirse, sin más determinación, el cómo ha de seguir cumpliéndose».

No es, como lo asegura el ilustre Director de la Universidad de Salamanca, que las *leyes* de la *evolución* deban variar; porque desde que son leyes *universales*, no pueden admitir variación sin dejar de ser tales. Lo que es susceptible de sufrir modificaciones y cambia incesantemente es el medio en que ellas se desenvuelven y pueden venir á adquirir diferentes modalidades en su aplicación; y sabido es que cambiando las causas varían también los efectos. Así se hace indispensable considerar que los progresos realizados en ciencias, artes, industrias (en primera línea la invención de la imprenta), las mayores facilidades para las relaciones de los países entre sí; el mejoramiento de las instituciones políticas y literarias; en pocas palabras, el desenvolvimiento de la civilización, varía las condiciones en que han venido generándose los idiomas.

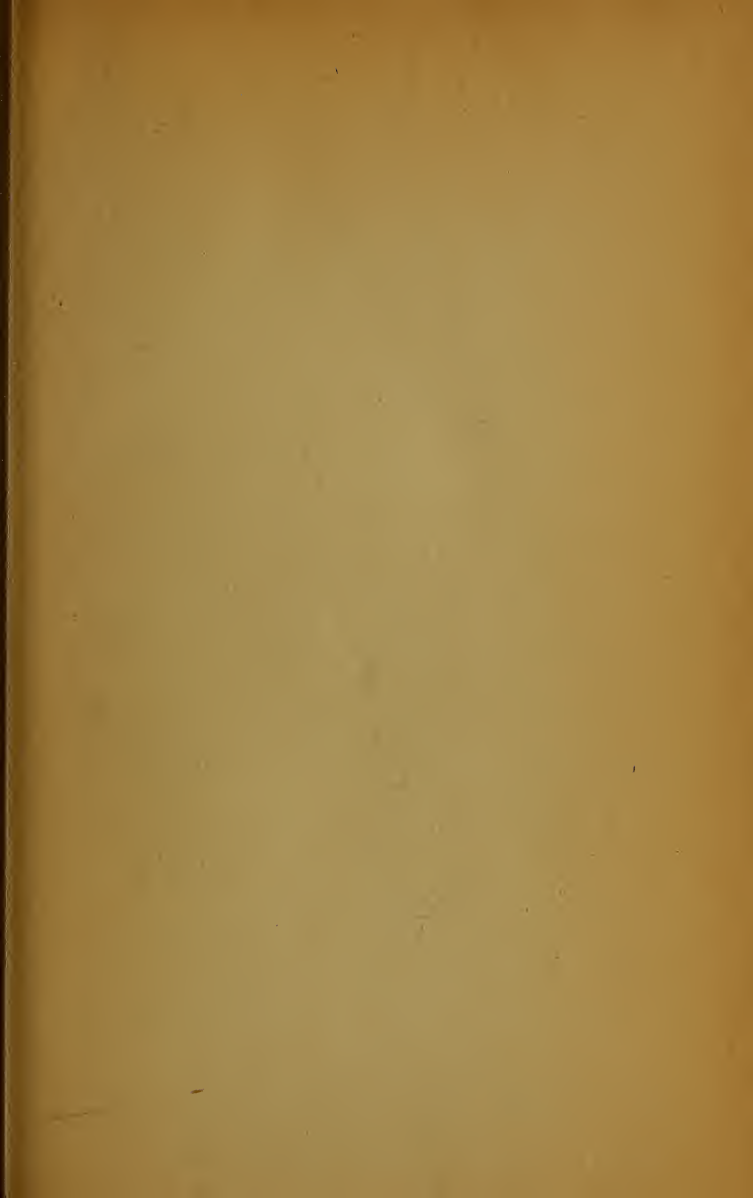
No basta la sola investigación del paso de las lenguas á través del tiempo para predecir el futuro de un idioma; este estudio histórico sólo daría un factor del vasto problema.

No es lo mismo abandonar las especies á su natural y espontáneo crecimiento que someter las leyes de su

proceso evolutivo á la inteligente dirección del hombre: las flores en la agreste libertad de los campos se cruzan continuamente y varían de formas y matices, pero nunca con la esplendidez que obtiene el buen jardinero; los ganados en las pampas argentinas han variado adaptándose al medio, pero hoy la selección metódica impuesta por el ganadero mejora á voluntad las razas. Así, pues, si abandonada á su natural y espontáneo impulso la hermosa lengua que constituye la mejor herencia que debemos á España, hubiese de degenerar fatalmente, como muchos pretenden, en dialectos, nuevos romances, llamados á su vez á generar otros idiomas, sería actitud muy criminal la de cruzarnos de brazos y permitir que se entronizara en América esa nueva Babel llamada á falsear el vínculo más poderoso de nuestra solidaridad nacional, porque las variaciones llegarían á producirse más intensas de provincia á provincia que entre una y otra nación, dificultando y no poco el progreso de la patria (21).

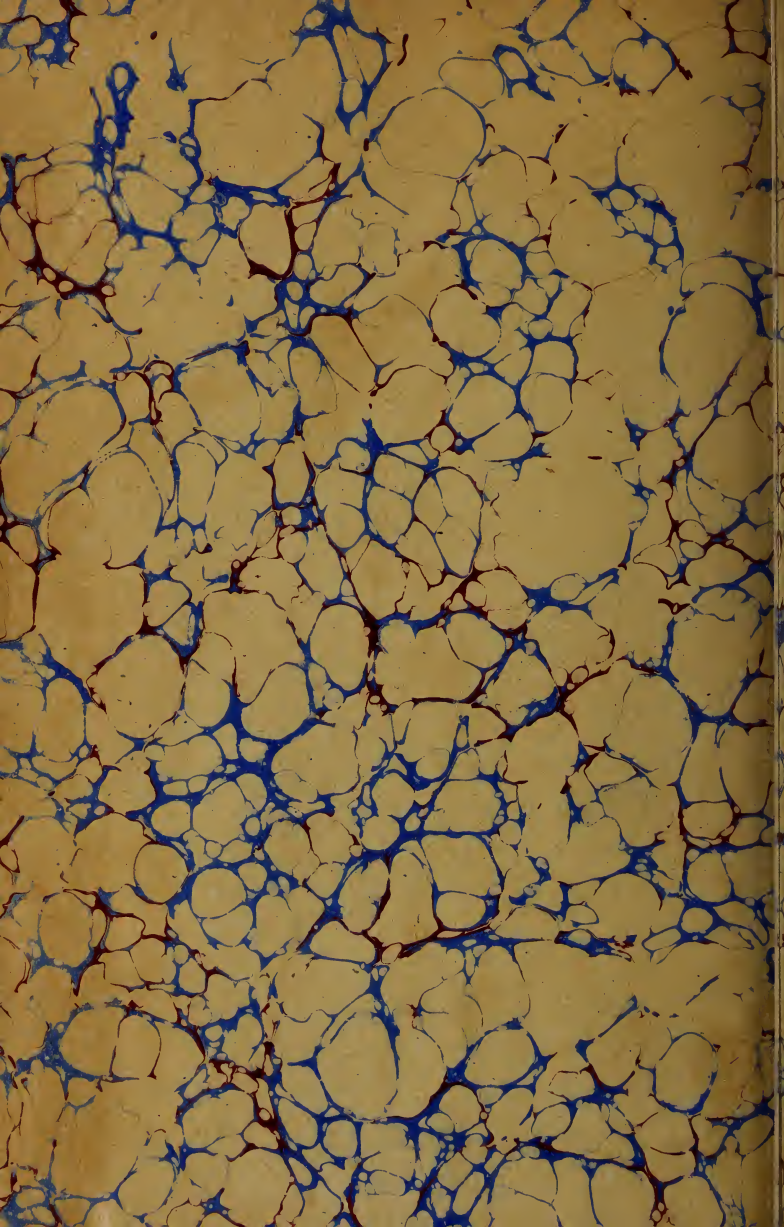
Creo haber demostrado que tal peligro no existe; aún á despecho de los que se encargan de pregonarlo, y á pesar de todo intencional abandono, las causas de selección que actúan sobre el castellano, tanto en América como en España, bastarían de por sí para mantener su unidad.

(21) En la República Argentina, por ejemplo, habría más semejanzas entre el habla de las provincias y gobernaciones del *Litoral* con Uruguay y Paraguay, que con las del *Norte* y *Andinas*, que á su vez habrían de entenderse mejor con Bolivia y Chile, respectivamente.









98897

LS.

S469c

Author Selys, Juan B.

Title El Castellano en América.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

